Salvador Borrego E.

AMERICA PELIGRA



600 AÑOS DE AZAROSA HISTORIA

24ª Edición

MÉXICO, 2010

CAPITULO I

Alma en Formación

Adquiriendo Conciencia de una Nueva Nacionalidad.

Simientes de Nacionalidad.

Fuerzas Negativas y Dóciles Masas.

La Continuidad de las Generaciones.

Diversas Manifestaciones de un Mismo Mal.

La evolución y perfeccionamiento de un pueblo se realiza primero en el interior de su conciencia y luego emerge al exterior en creaciones tangibles.

ADQUIRIENDO CONCIENCIA DE UNA NUEVA NACIONALIDAD

México es un conjunto de riquezas y de miserias, de energías estáticas y de fuerzas en acción, de anhelos ansiosos de ascender y de insidias empeñadas en frustrarlos; México es un arcoiris de impulsos positivos y negativos, q$_4$e aún no se funden en una sola luz; es un país en busca de la plenitud de su nacionalidad.

La nación va adquiriendo plenitud a medida que sus integrantes van cobrando conciencia de su nacionalidad. En México tenemos todavía una enorme masa de población carente de esa conciencia, pues de la vida primitiva de lo indio —rodeada de sombras y alentada por destellos— pasó al torbellino del mestizaje para transformarse en algo distinto y nuevo. Y este proceso no concluye aún.

Así como la conciencia tribual determina que el individuo dedique algo de su esfuerzo **a** la preservación y al desarrollo de su tribu, la conciencia de nacionalidad —de un orden superior a la primera— de-

termina que el ciudadano encauce parte de sus energías y de sus anhelos hacia un ámbito mayor, hacia el desenvolvimiento de su nación.

Familias aisladas, sin conciencia de los peligros comunes que las acechan y de las metas comunes que desean alcanzar, no forman el organismo mayor, más fuerte y creador, llamado tribu. Y así igualmente las comunidades sin conciencia de unidad no forman el organismo mayor, complejo y múltiple, llamado nación.

Al despertar a la vida el individuo empieza sintiendo sólo los estrechos límites que puede ver y palpar; sólo en ellos cree y sólo dentro de ellos se mueve; su ser lo configura el ámbito de su familia y fuera de ella está la comarca de lo extraño y lo hostil. Cuando esa conciencia se amplía, cuando puede percibir que el agrupamiento de varias familias integra un organismo en cierta forma superior a ellas, como la tribu, entonces su vida de relación se eleva a un ámbito más amplio y parte de sus anhelos se encauzan también hacia metas más lejanas y reclaman asimismo un esfuerzo mayor.

Todavía dentro de los límites de la tribu, el individuo se siente parte de un organismo social que puede ver y palpar a cada instante; la realidad incisiva de sus sentidos le da a cada paso constancia de la efectividad de la vida de relación en que se mueve. Pero de ahí en adelante la conciencia individual y tribual necesita saltar sobre un abismo para convertirse en conciencia nacional, que opera ya dentro de un ámbito que el testimonio de los sentidos no alcanza fácilmente a percibir.

Sólo cuando este esplendor de la conciencia ocurre, a través de las misteriosas vías metafísicas de la fe que complementa la evidencia diaria de los sentidos, es cuando una miríada de minúsculas existencias confluye a formar la vida y el futuro de una nación. Y sólo entonces es cuando existe una nacionalidad en plenitud en que se potencian todos los esfuerzos, los anhelos y las esperanzas de sus integrantes.

México todavía no alcanza esa plenitud porque tiene una gran masa de población que ciertamente no carece de la nacionalidad externa y circunstancial —dada por el simple hecho de nacer en determinada región geográfica—, pero en todo lo social sí carece de la nacionalidad interior que sólo se adquiere mediante una conciencia de conjunto, bajo una misma tradición y un sendero común. Sendero tan común que la suerte adversa o afortunada del compatriota o de las generaciones futuras hace sentir su influencia en la propia sensibilidad.

La forma externa de la nación es el perfil geográfico; en nuestro caso dos enormes costas recortadas por el mar St dos líneas divisorias, una de ellas marcada por la desgracia que no supimos dominar; y dentro de este perfil, una extensión territorial de infinitos contrastes y

una masa de población igualmente contradictoria: ignorantes y cul-os, misérrimos y acaudalados, irresponsables y conscientes, vulgares o sensibles a todas las gamas del espíritu.

Pero todo esto es sólo el cimiento terrestre, el pedestal geográfico, sobre los cuales se erige lo que es la esencia de la nación, o sea la conciencia y el sentimiento de pertenecer a una misma alma nacional.

Pese a su palpable evidencia, la dimensión geográfica y la vida jurídica de una nación son menos auténticas y firmes que la conciencia de nacionalidad de sus integrantes. Por eso frecuentemente ha ocurrido que naciones privadas del dominio de su territorio, de sus instituciones y de su propio mando político, pero con ciudadanos unidos espiritualmente, han sobrevivido a la desgracia y han triunfado de ella.

La nación no alcanza su plena existencia sólo con territorio y con un nombre. Egipto, el de los faraones y la esfinge, no fue lo que fue en la historia por el suelo que abarcaba y por el nombre con el que se le conocía. Lo fue por el espíritu, por el ímpetu común, por la confianza mutua de los egipcios que daban aliento a su nación en su paso por la historia. Grecia, la de minúsculas fronteras, la de territorio quebradizo y precario, está todavía allí, en el mismo sitio, bajo el mismo cielo, rodeada del mismo mar, y sin embargo, no es la misma de hace 25 siglos porque no arde en ella el espíritu común de aquellas generaciones ya idas que alentaron su esplendor.

La nacionalidad estática, la que simplemente es clasificación legal, la que se adquiere sin ninguna acción específica y por el simple hecho de haber nacido en determinado lugar, la lleva el individuo por fuera y jamás ha dado origen a nada grande. En cambio la nacionalidad dinámica, vital, la que desenvuelve energías y aspiraciones para alcanzar metas nacionales, no simplemente metas individuales, es la que da plenitud a una nación. Y podría decirse que el agrupamiento de habitantes, como vecinos de un mismo hotel, da origen al país, en tanto que el agrupamiento de ciudadanos unidos por el lazo de una misma familia nacional da origen a la nación.

A medida que aumenta el número de ciudadanos con conciencia de nacionalidad, es decir, con nacionalidad dinámica, el país va dejando de ser colonia material o moral de otras naciones y cobrando plenitud en todas sus funciones; va dejando de ser simple hotel en que se alojan muchos seres vecinos bajo un mismo sistema administrativo para convertirse en el hogar de una gigantesca familia.

Los pueblos con mayor conciencia de nacionalidad son los que han dado origen a naciones de mayor influencia en la historia. Ni la extensión territorial ni los recursos naturales son factores decisivos; cada nación es la cúspide de fuerzas espirituales, de emociones conjuntas, de voluntades perdurables, de orgullosos esfuerzos colectivos,

de renovadas tareas acumulativamente heredadas, de hombres que tácitamente se unen a realizar una obra común.

Toda empresa comienza en el hombre y es simple efecto de las fuerzas espirituales que mueven a éste. La Patria misma es realización y consecuencia de los hijos que la integran, pero no antecedente de ellos ni don gratuito. Y México no adquiere aún su madurez porque somos un conglomerado de tendencias contradictorias, un heterogéneo conjunto de voluntades activas y de voluntades inmóviles, de arranques pasionales sin continuidad de esfuerzo y de influencias extrañas. En este torbellino de energías difusas van dificultosamente abriéndose paso los impulsos que tienden a formar la conciencia nacional. Frecuentemente son esfuerzos aislados entre los cuales median abismos, desiertos de inconsciencia y de irresponsabilidad.

No somos prolongación del Imperio Azteca y es torpe e irreal que nos juzguemos desposeídos de sus logros. Aquéllos no éramos nosotros, aunque algo llevamos de ellos. E igualmente ocioso es suspirar por la grandeza de la colonia; México fue entonces el primer centro político, económico y cultural de América, pero principalmente por obras de españoles, y aquéllos tampoco éramos nosotros, aunque algo llevamos de ellos.

Con el nombre de México no podemos designar ni al Imperio Azteca que sucumbió con la Gran Tenochtitlán, ni a la Nueva España que desapareció con la Independencia. México es la resultante de esas dos fuerzas y su evolución hacia la plepitud se realiza a medida que sus hijos adquieren conciencia de su nuva nacionalidad.

SIMIENTES DE NACIONALIDAD

El territorio de lo que ahora es México estaba habitado por veintenas de tribus cuando llegaron los españoles; tribus de diferentes idiomas o dialectc,s, de distintas características raciales, de diversas costumbres y pasiones, pueblos de muy distintos estados de evolución, separados uno de otro por distancias de siglos.

Entre los conquistadores españoles había también distintas vetas, viejas herencias de godos, fenicios, celtas, visigodos, romanos, cartagineses, griegos, árabes e iberos. Hombres blancos fundidos en un haz de voluntades y anhelantes de llevar su espada y su fe a través de mundos nuevos.

El choque armado entre el indio y el e§pañol se resolvió en dos batallas, pero la sangre en la corriente del mestizaje continuó por mucho tiempo su silenciosa lucha para armonizar sus heterogéneas herencias; diferentes épocas de la evolución humana confluyeron en esta aleación bajo el signo de una nueva fe desconocida en América.

Si en el reino mineral ciertas aleaciones son benéficas; si en el reino vegetal el híbrido desenvuelve ventajas y adolece de irreparables fa-

llas, en el misterio vital de las aleaciones raciales las desventajas van rezumándose y llegan a ser finalmente superadas. Así ocurre una vez más en la historia con la nueva nacionalidad mexicana, que no es ya lo español ni lo indígena, si bien es portadora a la vez del arrojo ibero de Cortés y del sacrificio estoico de Cuauhtémoc. Las 'simientes de esta nueva nacionalidad han dado ya destellos prometedores del México en desarrollo; tallos de trigo luchando por emerger en la maleza; simientes acosadas por minorías negativas y sin soporte en las masas todavía inconscientes bajo las sombras de lo indefinido.

La aleación de las sangres hispanas y aborígenes fue un sismo íntimo que levantó unos estratos y hundió otros y que ha proseguido en internos recambios en busca de su equilibrio emotivo y de su nueva forma. Y este equilibrio interno, concebido a través de generaciones, va siendo el pedestal de la nueva conciencia mexicana.

Confundir lo indígena con lo mexicano es vivir quinientos años atrás.
El indio dejó de ser factor activo de la historia en estas tierras desde que la alianza de tlaxcaltecas y españoles derribó el Imperio Azteca, en su tiempo única manifestación indígena con aspiraciones de nacionalidad. Tras la llamarada de la conquista que no sólo derrotó las armas de los indígenas sino también su espíritu, éstos se convirtieron en masa amorfa, en sujetos pasivos de la historia.

El español fue el amo indiscutible; dominó en lo físico y en lo espiritual, destruyó ídolos, implantó idioma, construyó las bases para una nueva nacionalidad y al cruzar su sangre dio origen al mestizo, alma en conflicto por el cisma que le dio origen, contradictorio por las diversas vetas que heredó y que de momento no acertaba a armonizar, indefinido e indiferenciado como todas las manifestaciones primarias de vida.

Se necesitó el transcurso del tiempo y la interacción de las múltiples herencias raciales para que comenzara a surgir la conciencia de una nueva nación, por caprichos [g]el azar bautizada con el viejo nombre del pueblo mexica, que prácticamente había dejado ya de existir. Y el nacimiento de esta nueva nacionalidad no ha terminado porque todavía no concluye el mestizaje en que las variadas herencias se sintetizan, se concretan y se armonizün para afirmarse en una misma dirección.

Por eso en rigor racial y espiritual —no en simple clasificación demográfica— hay relativamente pocos mexicanos, dispersos en el enorme espacio territorial de dos millones de kilómetros cuadrados y diluídos en la masa todavía imprecisa de millones de premexicanos.

Entre las islas de conciencia nacional hay muchos habitantes de casi nula actividad que han dejado de ser indios, supuesto que ya no pueden reanudar la vida que cortó la Conquista, y que aún no despiertan a la nueva nacionalidad mexicana derivada de lo indio y lo

español. **Hay menos mexicanos de lo que solemos ufanarnos, pero en su minoría concentran tal ímpetu de energía, voluntad y conciencia, que son ellos quienes sirven de estructura a la vida civilizada de la comunidad y quienes van realizando algo positivo entre las fuerzas estáticas y la corriente de impulsos anárquicos o negativos.**

Prescindiendo de lirismos que más aspiran a aparentar grandes cosas que a lograrlas, es evidentemente claro que hay 92 millones de habitantes en México, pero que un enorme porcentaje aún no tiene conciencia de nacionalidad. Y en rigor práctico sólo actúa como miembro de una nación el que hace algo por ella, bien sea algo humilde o brillante.

El mínimo esfuerzo que sólo basta para un mísero vivir personal es propio del primitivo que vaga aislado, pero apenas integre familia, tribu o pueblo, el sano instinto lo mueve a aportar un remanente para la existencia y expansión del organismo superior al cual pertenece y del cual recibe a su vez protección y auxilio. **El cimiento de una nación es el esfuerzo que cada uno de sus ciudadanos realiza para cubrir sus propias necesidades y para dar un remanente o superávit a la comunidad.** Esto es factible desde la más simple hasta la más encumbrada tarea.

La **nacionalidad teórica,** la que aún carece de conciencia y de energías en movimiento para garantizar un propio sustento cada vez mejor y para aportar algo en beneficio común, nada vale en la vida de una nación. Es la **nacionalidad dinámica,** vital, practicada con hechos a través de una vida brillante u oscura, la que va dando mármoles o ladrillos para el edificio nacional.

Una evidencia que nos empeñamos en no ver es la del indio, realmente extranjero en lo que fue su tierra, extranjero sin idea siquiera de lo que es patria, por más que literatos o soñadores lo señalen como el núcleo de la nacionalidad. Lo indio no es representativo de lo mexicano; está irremisiblemente destinado a ir siendo absorbido en el fuego del mestizaje, y cuando mucho se conservarán algunas de sus expresiones y de sus características como forma vacía, como huella del pasado, como voz congelada de los siglos idos o como recuerdo de uno de los dos antecedentes raciales que nos dieron el ser.

Lo mexicano palpita ahora en la descendencia de la conjunción de lo indio y lo español, y es una minoría de sangre ya estable, definida, que transformó y adaptó las herencias de lo ibero, que ya no domina, y las del aborigen, que irremisiblemente se desliza por su silencioso oscurecer. Afirmar lo contrario es tomar como México lo que es apenas factor de México.

Ciertamente hay .una gran población todavía con características aborígenes, pero no es la que va dando forma a la nación. La minoría de mexicanos es la que sirve de estructura al país y la que le infun-

de sus más acentuados rasgos de progreso por la fuerza con que actúa, por la fuerza con que siente su responsabilidad y por la fuerza de sus anhelos. Esta minoría armoniza las herencias de lo positivo del español y del indio y es en ella donde cobra vida la nueva nacionalidad mexicana.
Ahora está en juego que esta minoría mexicana crezca y afirme el destino del país o que sea abrumada por las influencias negativas internas y las fuerzas enemigas externas. Toda vida que brota tiene un plazo para imponerse o desaparecer. De lo que haga la generación adulta de hoy y una o dos más que se apuntan ya en el jugueteo de la niñez actual, dependerá la suerte de México.
Las fuerzas espirituales del mexicano tendrán que congregarse para asumir la lucha de conjunto, o bien no serán capaces de sortear el peligro y por tanto habrán sido indignas del triunfo. Sus anhelos de formar una nacionalidad dueña de sí misma habrán de materializarse a través de acciones de conjunto o declinar en melancólica agonía. Una nación no es obra del azar, sino de hombres ligados por una misma conciencia y una misma responsabilidad.

FUERZAS NEGATIVAS
Y DOCILES MASAS

La confluencia de razas cristalizó una nueva nacionalidad y a la vez arrojó, como resaca de tormenta, una minoría de nebuloso instinto para la **cual** México es sólo tierra de botín. En este grupo de rapiña quedaron ancladas la herencia negativa del indígena que perdió la fe al derrumbarse sus ídolos y la del aventurero rapaz que no estaba a la altura noble de la conquista. El heredero de esas sombras es escéptico de las fuerzas propias y está presto siempre a la traición que le reporte algún bien personal; carece espiritualmente de Patria y no siente ni siquiera la nostalgia de ella. Tal es el antimexicano.
Esta especie negativa ha disfrutado de la ventaja **de** hallarse organizada en grupo. Se. le ha organizado desde el extranjero porque fuerzas extrañas a nuestra nacionalidad la percibieron con fino olfato como su aliado natural y le han brindado protección y apoyo.
La lucha entre el mexicano y el antimexicano —este último con raigambres internacionales—, **está planteada para decidir el futuro de México.** Por ahora, relativamente poco se ha ganado y nada se ha perdido en definitiva. Nos hallamos todavía en el umbral de las oportunidades abiertas al esfuerzo o de los abismos reservados a las claudicaciones; posibilidades negativas y positivas.
Y junto al mexicano, polo positivo de la nacionalidad, y el antimexicano —polo negativo—, hay una masa que vegeta en los linderos del Limbo; una masa de población todavía sin categórica forma racial y

sin conciencia, una masa de premexicanos, tan prestos a ser arrastrados hacia las negaciones como hacia las afirmaciones.

Este grupo es esclavo orgánico de su vida casi vegetal y en su modorra de planta no es libre de elegir su propia suerte; sólo yace y se nutre según la lluvia y el sol que el azar le depara. Junto a la fuerza depredadora (antimexicana), junto a la minoría de conciencia nacional (mexicana), esa masa humana-vegetal (premexicana) vive sobre el mismo suelo, pero en diferente siglo.

Todavía en el proceso de la síntesis del mestizaje, esta masa primitiva no es sujeto sino objeto pasivo de la historia; en su inconsciencia de 400 años atrás, y en su irresponsabilidad de criatura infantil, es presa fácil de la minoría antimexicana que con periódica constancia la engaña para utilizarla de fortín. Y con frecuencia sufre también el olvido de la minoría mexicana que se siente diferente y distante de ella.

Como núcleo de la premexicanidad se encuentra el indio, muchas de cuyas tribus parecen cansadas de vivir y en franco proceso de disolución. Con la caída de Cuauhtémoc el indio dejó de ser factor activo de nuestra historia y por sí solo no puede ser ya el defensor de la nacionalidad, puesto que carece de conciencia nacional y mal podría defender algo que ignora. En el crepúsculo de su antigua vida el indio es apenas un elemento primario para la nueva nacionalidad.

LA CONTINUIDAD DE LAS GENERACIONES

Como en la vida de las naciones el tiempo transcurre más lentamente que en la vida de los hombres, sólo el tránsito de una generación a otra marca un paso de adelanto o retroceso. La tarea de una generación es demasiado transitoria y precaria si no se prolonga en la vida de las demás. La generación adulta establece este nexo, lo señala y lo exige a la siguiente.

La unión entre nuestras sucesivas generaciones es todavía débil por la falta de conciencia de nacionalidad en una gran masa de habitantes y porque muchos de las acontecimientos del pasado no son obra propiamente nuestra. Hay una historia de los aztecas escrita con sangre de sacrificios, enhiesta y brava hasta su declinar en la derrota de Cuauhtémoc, pero... ¡es azteca!' Hay una historia de los conquistadores, con rasgos crueles y a la vez llena de hazañas, de prolíficas obras, pero ¡es española! Ambas son herencia, no cosecha propia.

La historia del mexicano empieza en fecha muy reciente, tan reciente así que casi carece de pasado. Al igual que el joven no tiene mucho en qué apoyarse y el centro de su esfuerzo gravita en el porvenir, cosa que ciertamente es un **privilegio de juventud.** Esto implica la urgencia de aumentar y vigorizar los nexos que sirven de eslabón entre sus generaciones.

La minoridad del mexicano no es una desventaja insuperable sí logra

transmitir sus anhelos y sus impulsos a sus descendientes, puesto que así centuplica su influencia en el futuro y suple en la dimensión del tiempo lo que le falta de número en el momento transitorio del presente. Siempre han sido las minorías las que han abierto brechas en la historia; en todas partes la muchedumbre que no es fertilizada y dirigida por aquéllas, se inclina a las regiones de la oscura inconsciencia, a los vicios de la pereza, del camino del menor esfuerzo, de la desconfianza a las grandes empresas, de la fácil sumisión y de la ausencia de vergüenza.

Y entre las minorías es la juventud la que mayores posibilidades tiene para la acción, no sólo por sus energías vitales, sino además porque es indispensable no haber dejado de crecer, no haberse instalado definitivamente en la vida, no hallarse totalmente adaptado a una circunstancia, a fin de atreverse a modificarla. Porque al fin de cuentas lo que llamamos realidad no es más que materialización de antiguas ideas, materialización que a su vez puede modificarse y transformarse bajo el peso de vigorosas y persistentes ideas nuevas corporizadas en acción.

Pero la actividad de una generación joven no surge por azar; es la consecuencia y la continuidad de las generaciones precedentes. Si se debilita o se rompe el nexo que las une —y tal es el peligro que se acentúa en México— la juventud ya no prosigue la tarea nacional y se convierte en fácil presa de fuerzas extrañas al país.

La conciencia mexicana irradia impulsos de desarrollo y por razón natural se orienta hacia su plenitud, pero de ninguna manera es una fuerza solitaria en el vacío; tiene obstáculos qué vencer y hostilidades qué derrotar. El triunfo no es seguro si el impulso que se desarrolle para alcanzarlo no es más fuerte que las asechanzas. Por ser esta evidencia tan frecuentemente soslayada se han menospreciado los peligros y se ha impedido así el acrecentamiento de los recursos defensivos.

En un futuro próximo va a resolverse si la minoría mexicana habrá de prevalecer o si será vencida y tornará a confundirse con la masa, ya sin la esperanza del que inicia una lucha, sino con la amargura del que es desplazado de ella. Ante estas dos posibilidades que plantea el futuro, la generación adulta tiene el apremio vital de eslabonarse más firmemente con las nuevas generaciones. Ser padre es sencilla función biológica, pero serlo en todas las manifestaciones de la mente y del espíritu requiere un esfuerzo que apenas comienza con el nacimiento del hijo.

Es muy frecuente referirse al potencial que representan para el futuro las energías de la juventud, pero esto es bien poco —pese a su grandeza física— sin un anhelo que las ilumine y dirija, y que evite que las energías en plenitud biológica se despilfarren en la molicie o sean arrastradas a la subversión.

La nacionalidad no es una fuerza estática, ya concluida, sino una energía siempre en movimiento; cuando pierde su facultad de transmitirse y mejorar, automáticamente comienza a descender. —Cuando las generaciones adultas debilitan sus nexos con las siguientes sobreviene el naufragio de la nacionalidad. Nunca las grandes tareas han si, do obra de una generación aislada; las que cosechan victorias han sido siempre precedidas por otras que perseveraron en su misión y que la transmitieron a través del tiempo; entre los que vencen y sus antepasados hay siempre un nexo de ineludible consecuencia.

Las generaciones jóvenes de ahora, brazos en plenitud de las generaciones muertas, formas remozadas de la misma corriente vital que trasciende la brevedad del tránsito humano —para ir a concluir su misión a lejanos confines— son el eslabón viviente, el reiterado resucitar del espíritu que anima a una nación.

Por eso entre las graves asechanzas presentes, una de las peores es la que amenaza con precipitar a la juventud en la frívola disipación, apartándola de sus tareas esenciales de afirmar la salud, de fortificar el carácter, de adquirir conocimientos, de cultivar los ideales y de renovar sus valores trascendentes. De todos los asaltos que la integridad de México ha padecido, ha logrado salvarse hasta ahora la conciencia de su juventud y este es un tesoro cuya pérdida marcaría la peor derrota de .la nacionalidad en crecimiento.

El más grave de los peligros actuales es el asalto internacional para apoderarse de las nuevas generaciones mediante la captura de su conciencia, y este riesgo reclama la más decidida defensa en un esfuerzo que sobreponiéndose al miedo —nacido del instinto material de la conservación física— se apoye en el valor, nacido de la virtud espiritual de conservar la moral.

DIVERSAS MANIFESTACIONES DE UN MISMO MAL

La riqueza o pobreza de un pueblo, su dicha o. su desdicha, la complicación o simplificación de sus problemas no son en la inmensa mayoría de los casos circunstancias externas y ajenas al mismo pueblo. Contra toda apariencia, no son cosas que el azar les obsequia o les impone cruelmente, sino fuerzas o debilidades del alma del mismo pueblo, que luego se van materializando a su alrededor.

Lo esencial para que un pueblo sea dueño de las circunstancias y de su destino es que primero sea dueño de sí mismo, cosa que no ocurre en México porque todavía **la conciencia de nacionalidad no es compartida por todos** ni existen los nexos firmes de responsabilidad y mutua ayuda que caracterizan a una familia nacional. Esto es lo que ha condensado nubes de problemas en la vida de México. El horizon-

te no es tan negro en realidad ni es tanta la pobreza, ni tan decisivos **e** insuperables los problemas económicos.

A medida que la conciencia nacional se hace más viva y actuante y a medida que se extiende **a** las masas, las circunstancias desfavorables se van simplificando. **Las debilidades del alma nacional son el problema básico, el causal, el más grave;** su mejoría es sin excepción la mejoría de todos los demás.

El valor de una nación no reside básicamente en la amplitud de sus territorios ni en sus riquezas naturales, características ambas que facilitan o dificultan el progreso, pero no lo crean. El verdadero valor reside en la riqueza espiritual de sus pobladores, que es de donde luego emanan las cristalizaciones materiales. Cuando esa fuerza del espíritu aún no se desarrolla, de poco sirven las riquezas naturales, que son entonces mal explotadas o inexplotadas del todo. Y cuando un pueblo próspero se reblandece por dentro de sí mismo, en su alma nacional, de bien poco le sirven las riquezas que había creado y en todo caso hasta la fuerza de sus ejércitos. Si decae el ímpetu de nacionalidad de sus habitantes —sentimiento íntimo e intangible— también se desploman irremisiblemente por fuera todas las manifestaciones materiales de **la** nación.

Los pueblos cuya alma nacional se halla en proceso de formación afrontan débilmente los obstáculos que encuentran a su paso. Por eso ocurre en México y en otros muchos países de Iberoamérica que las riquezas naturales no son bastantes para mitigar la pobreza. Nada de lo favorable en las circunstancias o en la tierra es suficientemente aprovechado y ninguno de los dones del azar resuelve los problemas. Porque el verdadero conflicto reside en el alma de! pueblo, que mientras más infantil e inarticulada sea, más manifestaciones complejas y terribles presenta en el mundo de los hechos y de la materia.

La diversidad de nuestros problemas fluye de una **insuficiente conciencia nacional,** de la escasez de gente responsable de sí misma, que imponga el ritmo de su acción y de su espíritu al paso de la nación entera. De nuestra variable, débil, insegura naturaleza personal de país joven, se derivan conflictos a torrentes; conflictos económicos, agrícolas, comerciales, sanitarios, culturales y de todos los órdenes. Pero su origen, no es ocioso repetirlo, está más en el interior de nosotros mismos que en el medio que nos rodea.

Jamás podrán resolverse desde el exterior de los pueblos los múltiples problemas que los azotan. **La solución verdadera está por dentro,** en la intimidad de las fuerzas espirituales, porque si la escasez de víveres y el ambiente insalubre y la falta de agua nos dejan inertes y míseros, esta desgracia no sólo está en el ambiente. Por sí mismas tales circunstancias son sólo acicate cuando afectan a una nacionalidad madura, pero si hieren sin producir reacción, si golpean sin provocar

indignación y desquite, es que la desventura anida en el alma del pueblo y no simplemente en sus desventajosas circunstancias.

Falso, por ejemplo, que México sea un país pobre porque carece de dinero y que esta pobreza de divisas o de billetes de Banco justifique muchas de nuestras desgracias y de nuestras miserias. Ningún país ha nacido rico y no es la moneda la que da la riqueza a los pueblos, sino la aptitud de éstos para crear valores, representados luego por un dinero sano y firme. El dinero no es la riqueza de las naciones; es apenas una de las consecuencias visibles y tangibles de las riquezas espirituales que alientan a la nación.

Es mercantilista y sofística la afirmación de que somos pobres y de que **sólo con capitales extranjeros podríamos dejar de serlo.** Si esta tesis fuera justa, ningún país del mundo sería rico, puesto que todos han comenzado siendo pobres. Ninguno ha nacido con divisas en los Bancos y con capitales para que sus súbditos muevan empresas. La riqueza nacional ha sido una consecuencia de factores sicológicos en acción. Tal es el único modo firme y auténtico de acumular riqueza. Obtener créditos extranjeros o importar capitales son **coadyuvantes altamente eficaces,** pero siempre que en primer término haya un esfuerzo propio. Indiscutiblemente la instrucción pública es un instrumento de primer orden para resolver los problemas nacionales, pero tampoco es suficiente cuando se carece de un impulso que sepa utilizarlo con frutos. Quienes han dicho que la falla fundamental de México es la falta de instrucción sólo han dicho una parte de la verdad, porque si esta debilidad desapareciera no por eso se resolverían todas las demás. La instrucción es recurso valioso que rinde o no, según sea firme o negligente el carácter del hombre que la adquiere. Es la actitud síquica lo único que puede hacer mal o buen uso de todo lo que es instrumento del espíritu. La espada vale lo que vale quien la maneja, y de no ser así, no habría alfabetizados y hasta universitarios que no sirven para nada, ni hombres que sin títulos son útiles a la comunidad. Los existencialistas que resbalan hacia lo anormal, los rebeldes sin causa, delincuentes, los beatniks, etc., son casi siempre de educación secundaria y hasta de universidad.

Algunos afirman con apariencia científica que el problema básico de México es la desnutrición y que la mayoría de nuestro pueblo es desidioso y abúlico porque se halla mal alimentado. Pero esto no pasa de ser la consecuencia de una causa, de la causa primaria, o sea la **incompleta conciencia nacional,** que impide un empuje categórico para convertir las riquezas naturales en fuentes de sustento. Sólo un conglomerado que todavía no cruza la etapa vegetativa y que aún no entra en el ámbito-de la acción persistente y vigorosa puede permanecer indefinidamente miserable en un país con tantas posibilida-

des positivas. **La** lucha fructuosa por el sustento es el primer síntoma de la adultez de un pueblo.

Los científicos que creen explicar con tablas de deficiencias proteínicas, vitamínicas y calóricas la actitud desidiosa de un populoso sector, sólo están hablando de un efecto, pero no de la causa, pues es la actitud del hombre frente a la vida lo que luego condiciona la pobreza de sus alimentos, ya que cuando esa actitud cambia, automáticamente el hombre muestra más actividad, ambición, impetuosidad, habilidad y decisión para mejorar su sustento.

A medida que el individuo va desprendiéndose de la masa primitiva e indiferenciada, a medida que va adquiriendo forma propia y conciencia de sí mismo y de su nacionalidad, sus ambiciones crecen y sus esfuerzos se desarrollan para adquirir lo que hace falta a sus anhelos. **La miseria de una masa de población premexicana es en su punto de partida una pobreza de conciencia, y después, al manifestarse exteriormente, es una pobreza material.** Es una pobreza de conciencia por indiferenciación racial. Sin tener esa modorra casi vegetal, ningún grupo puede yacer mucho tiempo inactivo en un medio subhumano, a veces hasta sujeto a la explotación y la injusticia.

Si la minoría mexicana une sus impulsos para hacerse sentir y si estimula a otros grupos de población propensos a dar el salto de la masa anónima a la minoría consciente, esto contribuirá más a resolver los múltiples problemas nacionales que muchos estudios seudocientíficos prácticamente inoperantes. Lo fundamental es ir modificando la actitud síquica del pueblo. A medida que ésta cambie comenzará a cambiar todo lo demás, porque en una u otra forma las obras y creaciones humanas nacen como producto de una determinada decisión espiritual.

Este es el punto de partida para estudiar los problemas de México. Las investigaciones económicas, etnológicas, sociol6gicas que no se subordinan y se armonizan con la realidad de que el tronco de nuestros problemas es espiritual, sino que pretenden explicarlos por sí mismas, resbalan por fangosas disquisiciones, por filigranas técnicas que no van a la esencia del mal, aunque lo -tocan por diversos puntos periféricos.

Cuando los economistas hablan del bajo ingreso de las masas y afirman que en esta circunstancia reside la explicación de la ignorancia, de la disipación, de la vagancia y de la criminalidad, dicen sólo una parte de la verdad. Pero en última instancia ese bajo poder adquisitivo es **un efecto,** no **una causa,** de la actitud sicológica del hombre ante la vida. Un conglomerado mísero, pero con ambiciones o ideales, sale airoso del fenómeno económico adverso, o por lo menos lo sortea mil veces mejor que un conglomerado pobre y todavía sin impulsos espirituales para imponerse.

Las fallas fundamentales tampoco se superan con los remedios teóricos de una tupida madeja de leyes contra delitos, abusos y arbitrariedades, pues cuando una ley no se apoya en una atmósfera espiritual —invisible, pero efectiva— no pasa de ser, con su consiguiente cauda de burocracia, inspectores o policías, otro reducto legal de nuevos explotadores y de mayores abusos. Mientras no se modifica la actitud síquica del ciudadano y de los encargados de aplicar una ley, ésta tiene superficial vigencia y por perfecta que sea no rinde iarnés lo que se esperaba en teoría. Sin una aceptación categórica que les sirva de cimiento, las leyes son una superestructura sin existencia verdadera en el diario acontecer de los hechos donde se desenvuelve la nación.

No es posible cuidar cada paso ni fiscalizar cada acto. Sólo las fuerzas morales pueden moralizar un ambiente: las leyes ayudan como instrumento, pero nada resuelven por sí mismas.

Todos los problemas de México están formados en cierta proporción por las circunstancias **y en mayor grado por la actitud espiritual del pueblo.** Las circunstancias desfavorables no podrán modificarse mientras esa actitud espiritual no sea de mayor conciencia y de anhelos más claros, enfáticos y decididos a la lucha.

Como nada puede emprenderse sin que intervenga el factor hombre, como ninguna teoría puede transformarse en acción si no es por la acción humana, toda manifestación de la vida nacional se halla sujeta a la índole del impulso espiritual que la promueve. No es por fuera, en su exterioridad, por donde el hombre puede evolucionar a estratos de vida más plena, sino por el interior de sí mismo, ampliando su conciencia y poniendo en movimiento sus energías dormidas. Y es aquí donde se localiza la raíz única del árbol frondoso de lo que hemos dado en llamar problemas de México. En realidad no son tantos, ni tan complejos, ni tan irresolubles como parecen. Todos se resumen en:

I o. Que el núcleo racial, consciente de sí mismo y de su responsabilidad hacia los demás (o sea el núcleo mexicano) es aún insuficiente y actúa en forma dispersa sin unificar su esfuerzo;

2o. Que tenemos una masa de habitantes todavía sin anhelos diná- micos, que viven más como vegetales que como humanos, seres prestos a ser moldeados para el bien o para el mal (en realidad masas de premexicanos); y

3o. Que por el otro extremo hay un núcleo activo (de antimexicanos) al servicio de fuerzas extrañas a México- un núcleo que sí ha unificado sus esfuerzos y que pretende inclinar la balanza para liquidar a los primeros y dominar a los segundos.

CAPITULO II

Premexicano, Mexicano, A ntimexicano

Los tres Grupos de Población.

El Premexicano en la Infancia de la Nacionalidad.

Los Titubeos de la Transición.

El Mexicano, Armonía y Voluntad.

Sin Responsabilidad no hay Nacionalidad.

Manos Extrañas en nuestra Nacionalidad.

A lo homogéneo se le define; a lo heterogéneo se le clasifica antes de definirlo.

LOS TRES GRUPOS DE POBLACION

Mucho se ha hablado del mexicano para mal y para bien y demasiadas cosas suenan a falso, lo mismo cuando se le enaltece que cuando se le censura. Las definiciones que se han hecho del mexicano contienen algo de verdad, pero no lo abarcan; lo presentan con sombras exage, 'amente densas o con ilusorios resplandores de grandeza. La confusión surge de la falsa hipótesis de que los 92 millones de habitantes de México integran una misma conciencia nacional; ciertamente pertenecen al mismo país, pero tanto en sus costumbres como en sus sentimientos hay tres claros grupos distantes entre sí por divergencias de anhelos y por abismos de siglos en su evolución.

La dificultad de definir al habitante de México se simplifica cuando se advierte la evidencia de que hay una minoría dotada ya de conciencia de nacionalidad (el mexicano), una mayoría todavía sin esa conciencia (el premexicano) y una minoría consciente, pero negativa (el antimexicano), y que las tres conviven bajo el mismo nombre. Este nombre genérico es el denominador común de los tres grupos, cuyas características y tendencias son distintas y frecuentemente opuestas en-

tre sí. Los dos grupos minoritarios son los activos y los que de tiempo en tiempo chocan mutuamente y arrastran consigo contingentes más o menos numerosos de la masa premexicana, atraída por destellos de verdades o por el falso brillo del engaño.

El mexicano se distingue por el rasgo propio de aquilatar el bien de México como un factor importante de su acción, en tanto que el anti-mexicano persigue el bien personal como !neta y justificación de todas sus acciones. Pese a los fracasos sufridos, el mexicano es idealista y no ha perdido la llama de la fe; distingue causas justas e injustas y está presto a luchár por las primeras. El antimexicano es de fría desilusión y no busca lo justo o lo injusto, sino lo conveniente a su egoísmo, al cual disfraza y justifica como viveza y sentido práctico.

Para el mexicano cuenta más el ideal y para el antimexicano el Poder; de ahí que éste no se incline a ninguna causa que no ofrezca seguridades de victoria inmediata, en tanto que aquél sacrifica los logros materiales en aras de los valores morales.

En el torbellino de la confluencia de las sangres indias e ibéricas, el mexicano representa la síntesis que no naufragó en la borrasca y que emergió con sentido armónico; que no conservó en su espíritu el recuerdo angustioso de la derrota india ni el rasgo rapaz del vencedor. Y el antimexicano es el fracaso de esa unión, es el fruto inarmónico que perdió la fe en lo nacional y se refugió en el cinismo del bienestar puramente material. Grupo de rapiña que no siente obligaciones y que cuando se acerca a las masas es para usarlas de ariete o fortín.

Entre esos dos polos, hermanos por la sangre y rivales por el espíritu, vegeta la masa del premexicano, población inerte heredera de un torbellino de influencias raciales que aún no cristalizan en conciencia nacional. En este grupo yacen energías formidables que al rezumarse a través de las generaciones buscan su propio equilibrio y su integración.

Esta masa premexicana no se halla exteriormente en acción y no se dirige a ningún punto. Su más acentuada característica negativa es la inconsciencia y su rasgo positivo es el estoicismo, esa fuerza pasiva que le permite sufrir privaciones infrahumanas y soportar silenciosamente el atropello.

La existencia casi vegetal del premexicano ha sido factor preponderante en las desgracias de nuestra historia. Pero aún no termina la lucha y está por decidirse si esa fuerza neutra, aparentemente petrificada, se volverá positiva aliada del mexicano o se tornará cautiva y dañina en poder del antimexicano.

EL PREMEXICANO EN LA INFANCIA DE LA NACIONALIDAD

Antes de la conquista el indio poseía sus dioses, sus ritos, sus dialectos, sus guerreros y sus costumbres; y con todos los rasgos bárbaros que su incipiente civilización tuviera,

era la suya, la que su mente y su corazón iban forjando dificultosamente, a distancia de siglos y quizá de milenios de la civilización europea. Al consumarse la conquista todo cayó destrozado, no solamente en la derrota militar que suele ser transitoria, sino en una derrota espiritual y definitiva. En ese momento lo que era incipiente civilización azteca quedó privada de futuro. Nada había que pudiera salvarse del naufragio, nada que por su calidad pudiera con el tiempo imponerse a ios valores superiores que traía el español.
Desde ese momento el indio, como tal, quedó condenado a desaparecer, ya fuera por el camino de la extinción o por la evolución racial y espiritual del mestizaje. Fue en ese instante cuando terminó el "meshica" su carrera y cuando comenzó a existir el premexicano, ser nuevo en un país naciente cuyos desconocidos valores apenas comenzaba a balbucear.

Haber perdido el antiguo camino de la Gran Tenochtitlán, sin encontrar todavía el nuevo, es la desolada situación interna del premexicano, ya sea el indio que como indio carece de futuro o el mestizo de incompleta evolución, en cuyas sangres hay tempestad de inclinaciones que no propician aún la vida armónica en sociedad. Es todavía !a etapa de la acomodación de estratos, la aleación de diversas sangres en el crisol del mestizaje.
La nacionalidad real —no la teórica— es acción espiritual que trasciende la vida !imitada del individuo para insertarse en el ámbito grandioso de la comunidad nacional. La nacionalidad real, dinámica, implica que la conciencia individual adquiere además conciencia colectiva, en la que e! individuo siente que su existencia personal —palpable a los sentidos— ha de vincularse a una existencia mayor, aunque ésta parezca invisible y abstracta. Y como el premexicano aún no puede dar ese salto, carece todavía de conciencia nacional, o sea de nacionalidad espiritual; su nacionalidad es sólo denominativa y legal.
El premexicano vive vegetativamente absorto, cautivo en sus limitadas fronteras individuales. Sus pensamientos y sus emociones no se elevan aún para fundirse en la espiritualidad colectiva que es la esencia de las naciones. Cada uno es un extraño para el otro; es el primitivo cuyo mundo termina en el reducido lindero de su propio ser, característica ésta de las primarias formas de existencia. **El premexicano es capullo en agonía, en la antesala de la transfiguración. Lo revela en su serena tristeza, en la tristeza de lo primitivo que en él está muriendo.**
En su pluralidad de tendencias el premexicano no es todavía ninguna de ellas; es la lucha de los estratos raciales por hallar el acomodamiento bajo los nuevos valores. Por eso, en conjunto, es cambiante y veleidoso, más allá de lo que suele serlo todo ser adulto. El de hoy no es e! mismo que el de ayer y seguramente tampoco será e! mismo

de mañana. Carece todavía de una firme base biológica que le permita organizar sus sentimientos.
En ese torbellino de influencias internas guarda débiles nexos con sus antecesores y ante sus ojos absortos en el fugaz presente no procede de ningún punto fijo ni se dirige a ninguna parte. Carente todavía de conciencia nacional, carece, naturalmente, de cauces y de misión cívica. Ni siquiera su existencia —privada de un "por qué"— la siente con categórico afán y oscila entre el temor primitivo y la indiferencia a la muerte.
Sin la luz de una clara **y** definida conciencia nacional, sin un rumbo perdurable, sin la esperanza de una meta viable, el premexicano carece de móviles para la acción y consecuentemente yace en la pereza. No es la pereza acosada del que sabe que tiene que hacer algo y no lo hace, sino la iñactividad completa e irresponsable inacción del que no siente nada por hacer. Su imposibilidad de percibir el futuro le produce la sensación de carencia de tarea.

En esa penumbra de su existencia es humilde ante el hombre de acción e inerte ante el abuso. Movido más por las influencias exteriores que por impulso de su débil y titubeante voluntad, todo en él es accidental. Su vida es más bien un accidente que una obra.
Por apremios del instinto es padre biológico, pero en innumerables casos no prohija las más elevadas manifestaciones de la vida, jerarquía para la cual no lo capacita su inconsciencia, y de ahí que abandone con facilidad a sus hijos o que los deje crecer al azar, como el árbol que arroja su semilla y que no puede auxiliarla después en su camino.
En lo económico el premexicano es un desastre. No solamente es pobreza lo que sufre, sino miseria, miseria que va seguida de suciedad, enfermedades y toda clase de desventuras. Este punto es de particular importancia porque de él se derivan muchas interpretaciones sofísticas. Algunos investigadores deducen que "somos inferiores por pobres, no por mexicanos", y esto agrada al oído, pero es completamente falso si lo vemos con entereza. Porque la miseria del premexicano no es una causa, sino un efecto; la causa primera es el mismo premexicano. Su peor miseria la lleva dentro, en su personalidad parcialmente inconsciente que le impide tener reacciones vigorosas ante las inclemencias exteriores. Al parecer sus energías se hallan en lucha interna consigo mismas, faltas de unidad y coherencia para ejercerse hacia fuera. Los auxilios exteriores logran bien poca cosa en estos casos y no hay presupuesto ni obra social que baste para elevar a una masa que no tiene categórico interés en elevarse.
La miseria del premexicano carece de justificaciones externas. Cuando más, puede hablarse de circunstancias coadyuvantes, aliadas secundarias de esa miseria, pero jamás causas. **El** territorio es vasto y

las riquezas por explotar son gigantescas, lo mismo en las tierras que en las selvas y en los mares.

Es absolutamente falso, aunque superficialmente convincente, hablar de la pobreza nacional como de una causa, y como de una causa que justifica, precisamente, la continuación de esa pobreza. Según esto, los pueblos ricos recibieron herencias extrahumanas procedentes de otros planetas. ¿No fue acaso su trabajo el que los hizo ricos? ¿No fueron sus ambiciones de bienestar y de plenitud nacional lo que los impulsó a vencer el medio y arrancarle a la Naturaleza, pedazo a pedazo, lo que ahora es su riqueza?

Ningún pueblo en la historia comenzó siendo rico; ni sus tierras producían solas, por fértiles que fueran, ni sus peces saltaban por sí mismos a la sartén. Fue el trabajo conjunto, el ahorro acumulado de ese esfuerzo, la ambición común de doblegar las inclemencias del tiempo, y el anhelo nacional de evolucionar hacia formas de existir más plenas, lo que ha hecho grandes a los pueblos, que siempre han empezado siendo pobres.

La miseria del premexicano (que es una herida sangrante en la vida de México) no es una causa ni una justificación. Es un efecto. Nada ganamos soslayando esta verdad y consintiendo la mentira agradable de que nuestra miseria es natural porque nacimos en ella. Algunos estudiosos de México han llegado a decir que hay "resentimiento del mexicano por la situación,económica que le ha tocado en suerte". No hay nada más absurdo que asumir esa actitud de víctima y culpar al destino de algo que solamente es obra nuestra.

Igualmente erróneo es pretender explicar y justificar la miseria (característica exterior de la masa premexicana) como el resultado de la explotación del hombre por el hombre. Aunque verdadero en casos particulares, se trata en general de oropelesco sofisma que es arma política, filigrana de demagogia o de sentimentalismo, pero falsedad absoluta en cuanto a las masas de casi nula actividad. Mal puede explotarse al que no produce. Y aun en los casos particulares de explotación de un grupo, ésta perdura y se agranda por la carencia de aspiraciones y reacciones vigorosas que frenen el abuso.

Lo fundamental es que para las masas premexicanas, sumidas en la penumbra de su inconsciencia, ni siquiera el hambre o las inclemencias del tiempo son suficiente acoso para moverlas a la evolucic',T, y al progreso. Vegetan, pero no actúan, y yacen en plácida o penosa tristeza, más como objetos que como sujetos.

Evidentemente el premexicano no se basta en lo económico a sí mismo y esto revela que se halla todavía en la infancia de la nacionalidad; no es que carezca de aptitudes para mejorar su modo de vida, sino que todo aquello que el mexicano o el extranjero percibe que !e falta como esencial al premexicano, .éste no lo siente así. Su miseria

es mucho menos sensible para él mismo que para otro ser ya evolucionado. Y es esta insensibilidad lo que le impide mejorar su destino. Para elevarlo no hay erario ni servicio social suficiente porque no ayuda sino dádiva permanente lo que espera.

La lucha eficaz por el sustento diario y el progreso es el primer síntoma de la adultez de todo grupo social. Es evidente que hay improductividad o muy exigua productividad del premexicano, que tan a menudo se disfraza de activo con ocupaciones infructuosas que no requieren esfuerzo. Y además esto va unido a su incapacidad de ahorro y a su total carencia de sentido económico, razón por la cual poco mejora cuando circunstancialmente suben sus ingresos. Si no sabe administrar un jornal para paliar su miseria convirtiéndola en pobreza, tampoco sabe administrar el doble. Si falla su sentido de la mesura, si no percibe y relaciona los tres tiempos de la existencia, o sean las experiencias del ayer, los hechos del presente y las necesidades del futuro, su vida queda atomizada en fragmentos siempre aislados del presente, sin huellas de enseñanza y sin oteos de porvenir.

Y todas estas fall&s, que lo hunden en la sordidez de la miseria y que retrasan y dificulta i la evolución de sus descendientes, no son consecuencias de la misE ria, sino CAUSAS DE ELLA. **Su problema central radica en la infantilidad de su conciencia,** y esto lo expone al engaño y al cohecho de la minoría antimexicana, que lo corteja y adula para utilizarlo como ariete o escalón.

La mujer perteneciente a este grupo también adolece de las mismas fallas; la dejadez de su persona y la carencia de ambiciones justas para ella y su descendencia son la continuación de una niñez vacía ensombrecida por la miseria. Los dones que en gracia femenina recibe esta mujer no son cuidados ni siquiera con aliño y limpieza. Como esposa y como madre es deficiente porque su blandura de inconsciencia no es un apoyo ni un incentivo a la evolución del esposo y de los hijos.

Esta mujer no alienta a superarse ni al marido ni a los descendientes, y su condescendencia no debe confundirse con la auténtica abnegación; solapa las insuficiencias del esposo incumplido o del hijo disipado y abúlico. Blandura no solamente estéril, sino además dañina; pereza retocada de amor y de virtud. Del infortunio y de la queja, que ella misma ayuda a redondear, hace una falsa heroicidad.

Reconocer las desventajas del premexicano no implica de ninguna manera la menor sombra de discriminación. La esencia del individuo, su espíritu, está considerado en un plano metafísico como algo semejante en todos los mortales. Pero el instrumento del espíritu en el mundo físico es material y consecuentemente entraña diferencias. Es diferente según el estado de evolución, las razas y el medio en que se de-

senvuelve, ya que se halla sujeto a las contingencias de las leyes naturales que rigen a la materia.

Es así que tales diferencias no justifican discriminaciones de ningún género, pero sí necesitan ser clasificadas para el examen sociológico, el cual ha de ser ajeno a todo concepto de degradación. El niño es inferior en ciertos aspectos al adulto, aunque no haya inferioridad en su esencia espiritual. El joven es diferente al niño, superior a él en determinadas formas y en otras inferior a sus mayores, y en el reconocimiento de este hecho real no hay ninguna pretensión discriminatoria.

Las desventajas del premexicano tienen la transitoriedad propia de toda perturbación de la materia. Pero sólo la sucesión de las generaciones y el trabajo"benévolo, pero no sensiblero y consentidor de las minorías mexicanas, podrán apresurar el proceso interno de la superación de la premexicanidad. El destino de este grupo mejora **a** medida que su responsabilidad se acrecienta y que va adquiriendo conciencia nacional. **Al hacerse más rico su mundo interno —su sensibilidad y su voluntad— menos mísero se vuelve el medio en que se mueve, imagen o proyección de su propio ser.**

LOS TITUBEOS DE LA TRANSICION

Naturalmente la masa de premexicanos está compuesta de diversos estratos, unos más alejados que otros de la transición. El estrato superior bordea a la vez el mundo de sombras y desconcierto y el mundo de la conciencia nacional; es variable y se inclina alternativamente a ambos extremos.

En este grupo no hay nada categórico aún; ni la negativa pasividad y miseria anonadante que caracterizan a los más primitivos, ni tampoco la actividad coordinada y constante que es ya un rasgo esencial de la conciencia plena del mexicano. Sin embargo, el **premexicano de transición** tiene ya inquietudes e impulsos, por más que muchas veces flaquea y se desliza de nuevo hacia el inerte fatalismo, en el que luego naufraga abatido por el vicio o vencido por perturbaciones emocionales que no logra superar. Otras veces envuelve en vanidades su incompleto esfuerzo. A diferencia del orgullo que se apoya en algún hecho para exaltar la personalidad propia, la vanidad no requiere rada positivo para su engañosa pirotecnia y busca triunfos fraudulentos porque no es capaz de imponerse tareas auténticas. Esto sería un mal sin importancia si no paralizara —dándoles una falsa impresión de orandezaa individuos aptos para un ascenso verdadero.

Sólo. a este tipo de premexicano de transición se refirió Samuel Ramos cuando erróneamente quiso definir al mexicano con las siguientes palabras: "Como el autoengaño consiste en creer que ya se es lo que se quisiera ser, en cuanto el mexicano queda satisfecho de su imagen abandona el esfuerzo en pro de su mejoramiento efectivo. Es,

pues, un hombre que pasa a través de los años sin experimentar ningún cambio ... y su vida transcurre, dentro de la ciudad aparentemente modernizada, como la del indio en el campo, en una inmutabilidad egipcia ... Tiene una susceptibilidad extraordinaria a la crítica, y la mantiene a raya anticipándose a esgrimir la maledicencia contra el prójimo. Por la misma razón, la autocrítica queda paralizada. Necesita convencerse de que los otros son inferiores a él. No admite, por lo tanto, superioridad ninguna y no conoce la veneración, el respeto y la disciplina. Es ingenioso para desvalorizar al prójimo hasta el aniquilamiento. Practica la maledicencia con crueldad de antropófago. El culto del ego es tan sanguinario como el de los antiguos aztecas; se alimenta de víctimas humanas ... Es indiferente a los intereses de la colectividad y su acción es siempre de sentido individualista".(l)

A diferencia del premexicano incipiente que por sistema rehuye el esfuerzo, el **premexicano de transición** zigzaguea entre la actividad y la holganza, entre la euforia y la melancolía y entre la fe y la desesperanza. Pequeños obstáculos y secundarios fracasos lo hacen oscilar am-, pliamente y variar de propósitos. Sabe trabajar, aunque no siempre lo hace, y tiene facultades que no explota a su máximo. Su vocación y sus metas son confusas y cambiantes y no encuentra estímulos dentro de sí mismo para persistir en un camino; como el ideal implica lucha persistente, o bien no es ideal sino un sueño, el premexicano de transición simpatiza con algunos ideales, pero no llega a entregarse a ellos. Es el esclavo de la "gana" que el Dr. Gómez Robleda confunde con el mexicano. En realidad es un tipo de voluntad intermitente que a veces lo impulsa a obrar y a veces a yacer. Podría decirse que en temporadas únicamente posee deseos. La voluntad es libre, autónoma, independiente, en un alto grado, de las circunstancias y de los obstáculos, en tanto que el deseo es variable, modificable por el medio ambiente y por los cambios circunstanciales. Actuar remolcado por los deseos es carecer de gobierno propio, en tanto que marchar dirigido por la voluntad es conciencia, acción perdurable, inalterable, autónoma.

Es por esto que el **premexicano de transición** podría hacer cosas valiosas, pero no las hace porque con frecuencia su voluntad desfallece y queda a merced del potro indómito del deseo —llamado "gana"—que lo arrastra o lo inmoviliza sin que él acabe por someterlo. Individualidad en formación, a medio hacerse, todavía no dueña de sí misma; irresponsable ante sus propios ojos porque a veces la "gana" es una hada que lo ayuda o un vacío que lo desarma.

Este hombre se siente atraído por una meta o persuadido por una idea; quisiera tener esto o aquello, pero no paga el precio de esfuerzo

(1) El Perfil del Hombre.--Samuel Ramos.

para lograrlo. Le atraen diversas tareas, mas desfallece en el camino; **quisiera querer,** pero **no quiere.** Y en este conflicto de las alas que tienden a elevarlo y de las cadenas que lo aprisionan aún, se torna susceptible y hostil.

Como subordinado es generalmente adulador y sumiso, camino por el cual puede conseguir beneficios con el menor esfuerzo, pero apenas se eleva un poco, se vuelve altanero e injusto con los de su misma clase, como que no tiene firmes móviles espirituales para ejercer el mando. Cuando goza de buena posición prefiere a los incondicionales respecto a los capaces porque aquéllos !e dan mayor sensación de su hipotética grandeza.

Como intelectual, el **premexicano de transición** es espectador de ideas o de disciplinas artísticas, pero no se detiene en ninguna ni aporta nada de valor. Puede incluso llegar a la erudición, pero no es prosélito fiel de nadie ni creador de nada. Es una curiosidad que se asoma a todas partes, no una voluntad en movimiento. A veces mariposea en diversos campos y es vistosa luciérnaga de la inteligencia, pero ni calienta ni alumbra.

La cultura y la posición más o menos desahogada son instrumentos que este tipo de intelectual no aprovecha en ningún sentido porque le falta la conciencia necesaria para saber a dónde quiere ir. En su individualismo estéril no puede aliarse a ninguna de las fuerzas en lucha, salvo cuando degenera en antimexicano o evoluciona y se afirma como mexicano.

En el aspecto cívico, donde el individuo se relaciona con el conjunl-o para acrecentar la vida común, oscila entre la indiferencia y el deber. Su patriotismo ,es esporádico e infantil; aplaude y se emociona, se le hace un nudo en la garganta al oír el himno o grita "Viva México" en las fiestas patrias y hace estallar tronadores y cohetes, pero esto se disipa luego sin traducirse en nada activo ni persistente.

Sin embargo, el **premexicano de transición** es el más próximo al mexicano; es su vecino y su antecesor y el que más lo cela y lo envidia, lo cual no pueden hacer los estratos menos evolucionados porque se hallan temperamentalmente tan distantes que el nivel del mexicano les resulta extraFío y desconocido. Entre los premexicanos de transición están quienes más discrirr·'nan y desprecian lo mexicano; prefieren reconocer valía a un extra,ii,) que a un compatriota suyo. Se sienten ofendidos por los éxitos del mexicano, corno si éstos fueran reproches a sus debilidades y claudicaciones. Toleran mejor el triunfo del extranjero porque a é! no lo sienten compitiendo en la misma carrera ni en el mismo ámbito de nacionalidad. Pero esa aparente mezquindad encierra ya anhelos de superación, en la medida en que toda envidia es un parentesco de gustos y de metas. La envidia representa bajo apariencias negativas la identificacióa entre el que envidia **y el** envidiado. Aquél

desea tener lo que éste tiene; no lo desprecia porque realmente repudie sus logros, sino porque quisiera éstos para sí.

Algunos de estos premexicanos superan sus tormentas y logran ascender a la categórica mexicanidad, o bien sirven de apoyo y puente para que sus descendientes lo hagan. Pero otros, despechados, sin fe en los propios recursos, impacientes ante el avance lento del esfuerzo lícito, degeneran en forajidos de la nacionalidad. Estos últimos son los antimexicanos, los que ven a la Nación como un campo de botín y no como una madre común y que están prestos a traicionarla a cambio de que cualquier fuerza extraña les garantice honores, poder o dinero.

El **premexicano de transición** es la capa alta del grupo premexicano, de la cual surgen la minoría **mexicana** y la minoría **antimexicana.**

EL MEXICANO ES ARMONIA Y VOLUNTAD

El mexicano es el triunfo del mestizaje; las múltiples herencias armonizadas en un mismo ser; las confluencias de sangres diversas corriendo al fin por un cauce común. El mexicano es ya una conciencia dueña de sí misma bajo el dominio de la voluntad. Concluida la lucha interna, su sangre es pedestal seguro para su espíritu. Sus diversas herencias le dan un arcoiris de sensibilidades para la universalidad.

Pasó ya la época de los instintos en tempestad y de las inclinaciones raciales perturbadas que son tierra movediza impropia para la acción. Consciente de su nacionalidad es ya una luz del espíritu sobre la firme base de emociones armónicas en paz consigo mismo. Es ya equilibrio emocional, madurez mental, nacimiento de la conciencia colectiva. Porque la conciencia personal es una cosa, limitada al ámbito de los intereses puramente individuales, y la conciencia colectiva es un enlace del individuo con los demás miembros de su raza para integrar el alma de la nación. Mientras que el premexicano es todavía la acomodación de estratos y el rezumarse de diversas sangres en la aleación del mestizaje, el mexicano vive ya en su nacionalidad como un sentimiento permanente y no sólo como una idea o como urr esporádico entusiasmo. Además de su lucha por la propia existencia puede desenvolver fuerzas para la superación colectiva. La nacionalidad implica forzosamente un desbordamiento de cada individualidad para contribuir a integrar lo que se llama alma nacional, que es la esencia de las naciones.

Mientras cada premexicano vive encerrado en sus minúsculos linderos individuales, cada mexicano tiene un nexo espiritual con los demás para formar su nacionalidad. En el hombre primitivo se ve con claridad que se halla absorto en sus propias dificultades, perdido aún en sus íntimas tinieblas, y que al no percibir derechos ni deberes, ni sentimientos ni anhelos en común, no puede realizar vida nacional.

Es la evolución, el perfeccionamiento del individuo, el adueñarse de sí mismo, lo que luego permite al hombre desbordar energías que se vuelcan en una conciencia más amplia que da nacimiento a la nación. **El** alma nacional es una fuerza invisible generada y puesta en movimiento por muchas conciencias individuales. Es la fuerza que mantiene en relación y en armonía las células de un organismo, superior a éstas, y sin embargo, consecuencia y obra del trabajo de cada una de las células que calladamente cumplen su deber, en parte para su propia existencia y en parte para dar vida y plenitud a una conciencia mayor que ellas, que a su vez les asegura su propio sustento. Conciencias individuales que al unirse sin perder su propia forma dan origen a una de orden superior.

Tal es el modo de nacer de las nacionalidades, organismos mayores que el individuo, constelación de seres a quienes una gravitación invisible, pero actuante, acomoda en armoniosa relación.

Así como las células primarias carecen del sentido de la relación y pasan por la vida en solitaria carrera sin prestarse a ningún fin superior distinto del propio existir, así los seres de primitiva índole vegetan sin ponerse en relación con otros para dar existencia a la vida nacional. Tal es **el** caso del premexicano, en tanto que el mexicano forma sin palabras una alianza de células para la vida superior de su nación.

El premexicano es indiferente al porvenir porque vive cautivo de su individualidad y porque su idiosincrasia es provisional y cambiante, tanto que entre él y sus descendientes habrá poco en común; no siente que la corriente de su propia vida se bifurca en las nuevas generaciones, ni le inquieta la suerte de ellas, porque sus sentimientos no adquieren todavía la dimensión del futuro. Pero el mexicano es ya un ser estable cuya conciencia rebasa los linderos personales y se extiende al porvenir. Entre él y sus descendientes hay un nexo de continuidad; siente ya definido su ser personal y no le parecen extrañas las generaciones futuras, sino la misma esencia en carne nueva, anhelos semejantes que rejuvenecen de generación en generación.

Las grandes obras son más para la posteridad que para el presente; por eso los seres **sin** sentido del futuro no pueden emprender nada grande porque yacen prisioneros en su fugaz presente. A las naciones relevantes las forjan seres que burlan la prisión del hoy y que sacrifican algo de sí mismos para un mañana que los sobrecoge o los enorgullece. en la medida en que sienten vivir dentro de sí la suerte de sus descendientes. **La atomización de una existencia en el huidizo presente, sin culto del ayer y sin esperanza del mañana, es el rasgo peculiar del hombre primitivo, del hombre todavía sin sentido de nacionalidad.** Pero el mexicano es ya armonía y voluntad en acción; es **la** realización plena de

la vida humana en un original modo de ser. Tiende a enlazar cultura, religión y técnica en una nueva proporción, distante del maquinismo febril que abruma los anhelos del espíritu, y distante también del yacer contemplativo que se somete fatalista ante las fuerzas materiales que lo acosan.
El premexicano que logra superar sus herencias negativas y afianzar y desarrollar sus titubeantes aspectos positivos se convierte en mexicano, actúa y reacciona con vivos reflejos y es capaz de variar el futuro de la descendencia, en el gusto por el disfrute armonioso de casi todos los bienes que ofrece la vida, disfrute que es muy precario en la atrofiada sensibilidad del premexicano. Otro síntoma también claramente discernible de tal metamorfosis es la satisfacción que el mexicano experimenta en la lucha, en la adquisición de bienes, en la creación, emociones de las que el premexicano carece.
En tanto que el premexicano —con su conciencia amodorrada— no es hombre de acción y en muchos casos ni siquiera de reacción, el mexicano actúa y reacciona con vivos reflejos y es capaz de variar el sitio y el modo de su existencia. Elevarse a un plano distinto al que se tuvo al nacer, ya sea perfeccionándolo o modificándolo, es propio de la intensa vida psíquica que trasciende y supera a la existencia vegetativa. Por medio de la conciencia, aunada a la voluntad, el hombre se torna más dueño de sí mismo y de sus circunstancias; éstas ya no lo avasallan y son doblegadas por él. El primer paso de los pueblos que despiertan es poder modificar su propia suerte, mejorar su forma de ser, modelar su existencia conforme a imágenes mentales superiores a la realidad. Esto es privilegio de la conciencia en plenitud.

El mexicano no se encuentra en una sola clase social, sino esparcido en todas; no forma un estrato económico y carece, propiamente dicho, de grupo político; se halla disgregado por los amplios confines de México y en cada sitio donde actúa es un centro de responsable conciencia. Es obrero cuidadoso de su deber pese a la demagogia que lo rodee; es campesino que obtiene rendimientos de su tierra pese al menosprecio en que se le tiene; es burócrata que cumple eficazmente aunque la indolencia lo circunde; es industrial o comerciante que produce y distribuye; es hombre de jornal que realiza su humilde tarea y que sirve de punto de apoyo, en lo económico y en lo espiritual, para que sus descendientes suban.
Mexicanos aislados, casi sin vínculos, sin clase social, sin partidos políticos, separados unos de otros por vastas lagunas de irresponsabilidad, de indolencia o de corrupción. Pero sobre ellos se levanta el país, en ellos se apoya el progreso que persiste a pesar del lastre inmenso de quienes no cumplen su tarea, y a pesar de las claudicaciones que derrochan a torrentes la savia de la nación.

El mexicano es minoría, pero minoría de conciencia y de acción,

de anhelos y responsable esfuerzo. Es ya una raza que condensa y armoniza las más variadas gamas de las razas que le dieron el ser. De ahí que el mexicano tenga —como todo iberoamericano que se halla en semejante situación— hombres aptos para las más diversas actividades. Raza de distintas sangres con variadas reservas espirituales, ya no en choque, sino en armoniosa acción.

Así como la planta crece o no según el suelo; así como su fruto es parco o exuberante según la riqueza que encuentran sus raíces, así el medio nacional alienta o frena las realizaciones individuales de la acción y del espíritu. Si el mexicano no ha obtenido logros mayores es porque su lucha se realiza en un medio plagado de desventajas. Su misma capacidad y su misma tarea florecerían mejor en otro campo menos desfavorable. Aquí tiene que luchar en soledad y frecuentemente en hostilidad; soledad física y espiritual. **Pero su calidad va haciéndose patente por doquier. Domina las ciencias, la técnica y las artes; es obrero o campesino eficaz. Disperso entre la mayoría premexicana, es su aptitud la que sustenta el crecimiento de la nación.** Y sus capacidades aún darán muchas sorpresas hasta en las más elevadas funciones del que piensa y construye, a medida que las circunstancias reinantes sean más positivas, porque las grandes obras surgen del individuo, pero no son en su totalidad obras personales, por cuanto el medio suministra a su creador soportes materiales y espirituales para su acción.

El mexicano es una raza que empieza; corriente de las sangres hispana y aborígenes que después del torbellino de la mezcla inicia su camino en armonía por un cauce común. Sobre el tema de las razas hay torrentes de literatura engañosa, a veces por demagogia política y a veces por debilidad sensiblera. La igualdad de razas es un deseo, pero no una realidad; la Naturaleza las ha hecho diferentes y no hay giros literarios ni recursos oratorios capaces de evitarlo. Podrá implantarse la igualdad de razas ante el derecho y adoptarse bajo la moral, pero esto pertenece al plano de sus relaciones, en el cual voluntariamente se igualan, mas no al de sus características, que son diferencias raciales que la Naturaleza ha impuesto indeleblemente en las inclinaciones e idiosincrasia de los hombres.

En este sentido es evidente que hay razas con aspectos positivos más desarrollados que otras; comunidades de cierta especie más firmemente unidas entre sí y más dispuestas a la lucha y al esfuerzo para el bien común. Por obsequio del Destino, la raza mexicana es de las llamadas a alinearse en la vanguardia, jerarquía que ciertamente no le brinda favores, sino le impone deberes.

En el reino vegetal rige la desventaja de lo híbrido, pero todo cambia cuando es la sangre y no la savia vegetal la que se cruza. El misterio de las aleaciones humanas no ha sido descifrado aún y quizá nun-

ca !o sea, pero dentro de ese misterio se produjo en América un nuevo tipo racial de creciente eficacia. La debilidad de su minoridad encubre, pero no invalida, la fuerza de su estirpe.

> "Raza definitiva" la llamó poéticamente Vasconcelos: "la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal ... Cuán distintos los sones de la formación iberoamericana. ¡Semejan el profundo scherzo de la sinfonía infinita y honda: voces que traen acentos de la Atlántida; abismos contenidos en la pupila del hombre rojo, que supo tanto, hace tantos miles de años, y ahora parece que se ha olvidado de todo! Se parece su alma al viejo cenote maya, de aguas verdes, profundas, inmóviles, en el centro del bosque, desde hace tantos siglos que ya ni su leyenda perdura. Y se remueve esta inquietud de infinito con la gota que en nuestra sangre pone el negro ávido de dicha sensual, ebrio de danzas y de desenfrenadas lujurias. Asoma también el mongol con el misterio de su ojo oblicuo que toda cosa la mira conforme a un ángulo extraño, que descubre no sé qué pliegues y dimensiones nuevas. Interviene asimismo la mente clara del blanco, parecida a su tez y a su ensueño".(I)

Esta nueva raza iberoamericana comienza a nacer en el momento del mestizaje y va creciendo al armonizar sus diversas herencias y al integrarlas bajo la luz de la conciencia y la dirección de la voluntad. Actualmente es minoría, lo mismo en México que en Perú, lo mismo en Guatemala que en Colombia, pero esta minoría es la armazón de acero de las nuevas nacionalidades iberoamericanas, y por la fuerza con que siente y actúa ha de ser también la guía de las masas en que está diluída.

El filosofar, el plantearse interrogantes sobre el origen y el destino, y el proponerse respuestas, es antecedente espiritual de toda civilización. El mexicano se encuentra ya en este punto de evolución. El premexicano todavía yace vegetativamente inerte bajo el imperio de las circunstancias, pero el mexicano se yergue a dominarlas, se pregunta su origen y se interroga acerca de la meta. .Saber a dónde dirigirse es una fuerza, contraste del vagar sin rumbo, y el mexicano sabe ya con certeza que necesita esforzarse para realizar su destino; que hay otros seres de su misma estirpe•sobre igual camino; que su suelo encierra riquezas, pero él no las posee del todo, y que en sus hijos está el complemento de su existencia porque son todos ellos antecedentes del futuro.

Y esto es particularmente importante porque no siendo dueño cabal de su historia, ni tampoco del presente, el mexicano sólo puede as-

(1) "La Raza Cósmica".—José Vasconcelos.

pirar a enseñorearse del porvenir, y eso forzosamente tiene que hacerlo a través de las nuevas generaciones. Conservar el espíritu de éstas es conservar la posibilidad de la victoria.

Todas las desgracias serán resarcibles si en el alma de las nuevas generaciones se conserva encendida la llama de la evolución nacional. Pero si ella se apaga y es sustituída por las tinieblas del egoísta bienestar personal y por la servidumbre bajo el tutelaje extraño, nada podrá ser recuperado.

La nacionalidad es un esfuerzo conjunto que vive mientras hay un ideal que le presta sustento, y **el ideal implica lucha o bien no es ideal sino un sueño.** Cuando falta esta base el esfuerzo del pueblo se disgrega y la grandeza nacional se frustra o declina. Roma es grandioso ejemplo.

El mexicano de hoy trabaja en gran parte para las nuevas generaciones porque son sus propios brazos que se tienden hacia el futuro de México; ha vencido uncs peligros y ha eludido otros y va infundiendo aliento a sus descendientes para la nuevas tareas y sirviéndoles de apoyo y de puente. Pero pruebas más decisivas se aproximan, peligros con sutil insidia o con arrestos cada vez más desenvueltos e implacables. **Todo indica que el Destino irá colocando a la minoría mexicana en el sitio de la lucha decisiva para salir triunfante o desaparecer de la historia.**

SIN RESPONSABILIDAD NO HAY NACIONALIDAD

El individuo sin responsabilidad se atomiza en sus diferentes inclinaciones y estados de ánimo. El sentido de responsabilidad es el faro de que la voluntad se vale para conducir las diversas y frecuentemente opuestas tendencias que integran la personalidad. Sin esa luz el individuo se fragmenta y el "ayer" no responde del "hoy", de la misma manera que éste no puede responder tampoco del "mañana". El individuo pierde entonces su capacidad de ser **uno** a través del tiempo y se convierte en una pluralidad de fantasmagóricas y efímeras personalidades. La responsabilidad es también el arco en que se apoya la flecha de la voluntad.

Es evidente que sin responsabilidad el hombre permanece en los planos primitivos de la existencia; ser irresponsable equivale a ser inconsciente y ser inconsciente es una mutilación de la personalidad. El "yo" sin responsabilidad no puede estructurarse en una familia firme ni emprender nada constructivo, supuesto que no es capaz ni siquiera de coordinar sus diferentes tendencias y por tanto no llega a ser célula de la nación.

Con gente así no se erige ninguna nacionalidad. La irresponsabilidad misma denota una falta de madurez biológica, racial, que incapacita al individuo para las más elevadas de sus funciones. Por eso en

los pueblos en formación abunda tanto el irresponsable, como en México y en otras muchas naciones iberoamericanas que recorren la misma senda que nosotros.

Es claro que sin responsabilidad no hay conducta organizada, ni plan de vida, ni acción sistemática. La ausencia de ese sentido esencial implica una falta de vida en común; el irresponsable vive entreverado en la sociedad, pero no vive con ella ni para ella.

Para los fines trascendentes de la nacionalidad, el irresponsable carece de convivencia en común.

El mexicano que hereda de sus predecesores un cierto impulso o una cierta tarea positiva, que la cumple y que a su vez transmite igual anhelo a la generación siguiente, es un ser racialmente responsable, es en realidad un.miembro de una nacionalidad; miembro actuante, de vital vigencia, no simplemente un ser clasificado con el nombre de esa nacionalidad.

No recoger los sufrimientos, los anhelos, las inquietudes de los predecesores, y no hacer algo por resolverlos y por transmitir a los sucesores el deseo de proseguir el esfuerzo anterior, es no formar continuidad, ni historia, ni nación; es romper el eslabón de las generaciones; aislar el pasado del presente y éste del futuro; es romper la trascendencia de las generaciones y desarticular el alma nacional.

El sentido de responsabilidad y el dominio de sí mismo son virtudes vigorosamente acusadas en las razas con vital madurez, pero no en los pueblos en formación. Las grandes masas, aún no diferenciadas, carecen de esos elevados impulsos, pero en el ser de cabal nacionalidad se manifiestan con claro acento.

Para que estas virtudes se aviven en los descendientes no basta con la instrucción, por eficaz que parezca; es además necesario el cultivo diario del espíritu a través de ejemplos, conceptos, sentimientos y herencias morales. Es toda una atmósfera, un conjunto en el cual se compenetra el alma del niño paso a paso. Y es esta la única forma firme de eslabonar una generación con otra, de crear estirpe y herencia, de integrar, célula a célula, en cada familia, el conjunto de una alma nacional.

La insignificancia de la vida individual, su transitoriedad, su casi nula influencia en los sucesos nacionales, parecen a la irresponsabilidad razón suficiente para descuidar la propia tarea, supuesto que cualquier obra personal se asemeja a la gota de agua en el vasto campo de la vida en común. Pero es precisamente de actos individuales o de individuales claudicaciones de lo que está tejida y formada la vida de las naciones. Cuando las células de un órgano humano dejan de actuar conforme a su instinto; cuando burlan su destino; cuando olvidan su misión y su tarea, comienzan a sobrevenir la enfermedad **y la** muerte para el or-

ganismo entero y para las células que flaquearon en su misión. La marcha de las células en el camino de su destino, en la función para la cual fueron creadas, es su aportación ineludible a una vida superior que ellas no pueden palpar, pero de la cual dependen. Y no cumplir con esa vida superior es violar un principio ineludible y atentar contra sí mismo.

De igual manera se desenvuelve la vida del individuo dentro de su nación; hay masas que no escuchan aún la voz de su deber porque son demasiado infantiles para ello. Su vivir colinda con los límites de la apatía y del yacer subconsciente de la planta. Pero las minorías que con su madurez y su ya desarrollada conciencia oyen la voz de esa vida superior que llamamos nación, son las células activas que además de supervivir llevan la responsabilidad de aportar algo a la más elevada existencia del ámbito nacional.

Al mismo tiempo que despierta la conciencia de nacionalidad se hace presente el sentido de responsabilidad y por eso ambas virtudes coinciden ya en el mexicano.

El nacimiento de una nacionalidad no es cuestión de fronteras simplemente, ni tampoco de consideraciones racionales; brota de oscuras regiones vitales uniendo con lazos invisibles a determinados hombres entre sí, vinculándolos sin convenio alguno, sin tratados y sin firmas, en un organismo nacional, en una alma que no reside en ningún punto, pero que se halla presente en todos. Y esta espiritual alianza, más firme que las alianzas que puedan concertarse con palabras, va surgiendo en México a medida que se realiza la armonía de la sangre, después del torbellino en que varias razas y tendencias se mezclaron y desfiguraron, se destrozaron y disolvieron para luego resurgir bajo una nueva forma.

MANOS EXTRAÑAS EN NUESTRA HISTORIA

Lo que llamamos nuestra historia es bien poco una obra nuestra. En momentos decisivos la hemos sufrido más como víctimas que como autores; a veces como instrumentos y comparsas, pero no como soberanos que eligen libremente su camino.

En general la formación política de Hispanoamérica no se ha realizado con espontánea libertad, del interior hacia el exterior de la conciencia, sino forzada desde fuera, artificialmente impuesta por extrañas fuerzas con engañosos disfraces nacionales.

Se nos imponen rumbos y además ficciones para hacernos creer que tales rumbos los elegimos nosotros.

Muchas falsedades y absurdas ilusiones necesitan ser decididamente derribadas. Vamos a elegir entre reconocer la realidad o seguir durmiendo en tranquilizadoras mentiras.

Los mitos heroicos son necesarios a los pueblos, pero el mito y la

mentira no son exactamente lo mismo, aunque en algunos puntos lo parezcan. El mito es comparable al cuento de hadas que por el encaje amable de la ficción conduce al niño por el sendero más suave hacia el más sencillo concepto de la moral. El mito heroico lleva de la mano al pueblo hacia el sencillo fervor patriótico. Su medio y su fin son cristalinos como el viento puro y como el agua corriente.

Pero la mentira que implica negación de la verdad es encubrimiento, es complicidad con las tinieblas a cuyo amparo algún fin vergonzoso se persigue.

Lo mítico —sin ser real— es un sueño, un bello sueño que el hombre quisiera convertir en realidad, y lo falso es cobardía o malévola complicidad. Lo que llamamos nuestra historia, aunque de nuestra tiene bien poco, luce uno que otro mito transparente, pero está llena de mentiras.

Se invierten valores y se abren caminos torcidos para el futuro. No se trata de concesiones benévolas para soslayar errores, sino de toda una urdimbre que falsea hechos y que encubre fuerzas extrañas a México, todavía actuantes ahora.

Ocultando verdades dolorosas de nuestro pasado no podremos vislumbrar los peligros que acechan en el futuro.

Quizá la mentira histórica sea más grata, más llevadera, más amable que la verdad reveladora, pero un pueblo valeroso ve con entereza su verdad. Poco valdría México y muy poco sus hombres si no fueran capaces de afrontar las manchas del pasado sin perder la esperanza en el futuro. "No se limpia la honra de un pueblo —dijo Vasconcelos— en tanto no se lave siquiera su historia, proclamando la verdad y poniendo a cada quien en su sitio".

Tenemos mentiras históricas adecuadas para engañar y mover multitudes hacia metas que no resisten la luz del día y que precisan la protección de las tinieblas. No hay peor asechanza que la que se oculta en las sombras, porque contra ella no está la atención despierta ni la defensa presta.

Los autores de fines ocultos desinforman y confunden. Sus ilícitos propósitos necesitan forzosamente hacer alianza con las sombras. Antes de actuar desorientan y sus mentiras pueden mover montañas, pues también las voluntades negativas son portadoras de fuerza.

La ignorancia de verdades puede ser un estado innocuo de conciencia; pero la adopción de mentiras reptantemente dirigidas hacia determinado móvil es algo todavía peor. **Una falsa imagen de nuestro pasado y de los hombres que intervinieron en él es el punto de partida para perder el camino del porvenir.**

Falsear la historia es el primer paso para torcer el destino de un

pueblo, y en nuestro caso es evidente que decisivos virajes nos fueron impuestos por manos extrañas, por fuerzas ajenas a México que encubren todavía ahora su acción con el engaño. Seguirles la pista desde sus más remotos orígenes es encuadrarlas mejor en su actual acecho.

CAPITULO III

Un Pasado Todavía Presente

Primitiva Grandeza de la Gran Tenochtitlán.

Más'que Conquista, una Autoliberación.

Los Cimientos de un Nuevo País.

Se Expanden dos Fuerzas por el Mundo.

Las Sombras de la Inquisición.

La Inquisición en la Nueva España.

Quebranto Interno de España y Acoso Externo.

Estrechando el Cerco Contra España.

Relámpago de la Gran Lucha, en la Nueva España.

España es Asaltada por Fuera y por Dentro. Dos Factores en Nuestra Lucha de Independencia. Querían Controlar Nuestra Independencia.

En las raíces de la historia de México, al amparo de la oscuridad, se mueven fuerzas extrañas que nos imponen rumbos ajenos.

PRIMITIVA GRANDEZA DE LA GRAN TENOCHT!TLAN

A fines del siglo XV, antes de la Conquista de las tierras ahora llamadas México, no todo era ignominia y sangre, como algunos pretenden. Tampoco refulgía, como otros dicen, una gran cultura que iba a ser salvajemente destrozada por la voracidad del conquistador. Había pesadas tinieblas, uno que otro rayo de luz y un vivero de pueblos cuyo común denominador era la recie-

dumbre y el saber sufrir con estoica resistencia las inclemencias de la selva y las crueldades de sus dioses.

Cerca de tres millones de indígenas sin unidad en lo lingüístico, ni en lo religioso, ni en lo político, poblaban estas tierras. Había tantos grupos, tan distintos entre sí, que por lo menos se hablaban de 120 a 169 lenguas y dialectos. Si alguna vez, en época tan remota como hace ocho mil o veinte mil años habían formado un mismo tronco de emigrantes asiáticos que se internaron en América cruzando el Estrecho de Behring, es algo que no se ha podido precisar.

Lo cierto es que la población de Anáhuac se hallaba dispersa sobre la selva y las serranías, dispersa en lo material y en lo espiritual. La suerte de una tribu nada importaba a las demás.

En las sierras de lo que ahora es Chihuahua dominaba el tarahumara, incapaz de realizar esfuerzos para mejorar su mísera existencia, pero sí de tolerarlos cuando accidentalmente le eran impuestos; flemático, indiferente a la posesión de bienes, con la resignación de la planta para yacer en un mismo sitio sin aspirar a nada más que un poco de agua, de tierra y de sol. Más que salvaje, el. tarahumara parecía desde entonces un ser estático que no se dirigía hacia ninguna parte, que permanecía tal cual era, desafiando el axioma natural de "renovarse o morir". Sensible en su trato personal, pero totalmente insensible al tiempo y al medio; sepulcralmente encerrado en sí mismo, en sus costumbres y en su miseria. Los apaches también habitaban en aquella comarca. Tenían elevados conceptos místicos y creían en un dios único al que llamaban "capitán del cielo", aunque casi no le rendían culto. Pensaban que en algún lugar habría en el más allá un premio para los buenos y un castigo para los malos. Eran particularmente desconfiados entre sí y sólo se unían ante la amenaza de otra tribu.

En las tierras de lo que ahora es Durango, otro núcleo indígena vivía aislado de la Gran Tenochtitlán. Era el tepehuano, impulsivo e insociable; tan insociable que a veces, todavía ahora, prefiere la inclemencia de la intemperie a vivir en común en una misma choza. Altivo, con cierto sentido de dignidad, pero terriblemente perezoso, una pereza tan profunda que también habría de mantenerlo, como el tarahumara, al margen de la evolución.

En los límites de lo que luego fue Durango y Sinaloa habitaba otra tribu menor, la de los xiximes, entre la cual se daban casos de antropofagia de prisioneros. Como vecinos suyos vivían los nacoregues, "existencialistas" para los cuales todo lo que proporcionara algún placer era lícito, tanto así que la embriaguez había sido aprobada públicamente por sus jefes.

Más al sur, en tierras de Durango y Nayarit, vegetaban las tribus coras, igualmente indolentes hacia su vida miserable, aunque con ciertos toques de misticismo. Su dios era la Estrella de la Mañana, mate-



En tierras de Durango q Nayarit vivían los coras, de fina sensibilidad, con toques de misticismo, aunque indolentes ante la miseria.

rialización luminosa y etérea de un antiguo guerrero que intercedía por ellos ante los demás dioses. En su fina sensibilidad percibían que todo vive, que no hay nada muerto, que los "muertos" adquieren una vida más completa que cuando están vivos.

En la lejana Baja California varias tribus —aproximadamente 40,000 hombres— sufrían espantosamente los rigores del hambre; faltos de telas y utensilios caseros, vivían peor que los demás indios, alimentándose de raíces, ratones, serpientes, murciélagos y grillos, y a veces hasta de granos de pitaya que habían ya comido y eliminado. Carecían de leyes e incluso de ídolos y de ritos. Algunos mataban a sus hijos cuando nada podían conseguir para calmarles el hambre.

Y a continu ación, en gran parte de la Mesa Central y particularmente en lo que ahora se conoce como Jalisco, habitaban los huicholes. Indómitos, orgullosos de su raza, también inclinados a la pereza. Como las otras tribus, incapaces de percibir tiempo en su dimensión de futuro, y por tanto aprisionados siempre en su presente. Imprevisores y reacios a todo esfuerzo de evolución.

Relativamente cercanos a los huicholes, en tierras que ahora son de Querétaro y San Luis, vivían los chichimecas, particularmente bravos y enemigos de todo cambio civilizador. Preferían la vida dura en agrestes regiones.

Ocupando comarcas que corresponden ahora a Michoacán, Guanajuato, Querétaro, Colima y el sur de Jalisco, había tribus numerosas de tarascos. Satisfechas con lo que eran y lo que tenían, sin ambición de nada más, ni de conquistar ni de cambiar; vivaces como las otras tribus. Muchas de sus mujeres parecían complacidas al ser golpeadas



En gran parte de la Mesa Central habitaban los huicholes, indómitos, indiferentes al futuro, aprisionados en su presente y con la debilidad de la pereza.

por sus maridos, como si así percibieran mejor el interés que éstos tenían por ellas, o como si en esa forma —dice el investigador Lumholtz— sintieran más vivamente su propia fuerza, una fuerza capaz de sacar de quicio al hombre, de ver en su violencia reflejada la propia influencia.

En el sur, en lo que ahora es Oaxaca, habitaban los zapotecas, notables observadores de los astros, de muy adelantado gusto artístico, afectos a las joyas. En su capital, Mitla, erigieron templos magníficos en construcción y decorado. Tenían un gran sentido religioso, aunque en la etapa bárbara de sacrificar hombres a las "diosas" y mujeres a los "dioses". Algunos sacerdotes comían la carne de los sacrificados.

Más al sur, en el Istmo de TehLantepe' c, vivían casi aislados los zoques, fuertes y activos, aunque ya iban en descenso minados por las bebidas embriagantes.

En el remoto sureste —en lo que ahora es Yucatán y Guatemala—declinaban en misterioso atardecer las ciudades mayas, que eran el fulgor más brillante de las incipientes civilizaciones de América.

Durante mil quinientos años habían creado notables escrituras jeroglíficas, exacta cronología y majestuosas construcciones arquitectónicas.

En lo que ahora es el Valle de México y sus cercanías se hallaba el

grueso de la población con sede militar y política en la Gran Tenochtitlán. Por el ímpetu creador de su voluntad de dominio y por sus virtudes guerreras, los aztecas se habían enseñoreado de la región. No eran los más cultos, pero sí los más tenaces y los de voluntad más concentrada en la acción. Llegaron como una tribu débil, inferiores en número, pero traían consigo mayor carga de fuerzas sicológicas que triunfaron del medio y de los hombres.
Fundada en 1325, Tenochtitlán llega a ser 75 años después la Gran Tenochtitlán. Entre los pueblos aborígenes de su tiempo, los aztecas son los únicos que no yacen como plantas; incursionan fuera de sus fronteras y ambicionan algo más que la tierra y el agua que les da sustento; son asimismo los únicos que no se dan por satisfechos con lo que tienen y buscan desenvolverse en el espació y en el tiempo. Dominan a muchas tribus más numerosas que ellos, reduciéndolas por la fuerza de las armas o por la fuerza sicológica de su diplomacia.
La Gran Tenochtitlán, con más de doce mil casas, era un centro religioso, militar, político y comercial; era el núcleo y la simiente de un Imperio. Se practicaba una política de expansión y poderío con ideas administrativas y económicas que tendían a más grandes logros y con algunos avances en las ciencias exactas, de los que posiblemente es buen testimonio el calendario, casi perfecto, que aún llama la atención en el presente. La música era elemental, con los tristes sones del teponaxtli, y la escultura se orientaba más a expresar el terror de los dioses que a exaltar la belleza.
Hasta ahí, a grandes rasgos, un aspecto general de la población de Anáhuac. La Gran Tenochtitlán era grande y notable dentro de su medio, pero era sólo una grandeza primitiva.

Es absolutamente falso que el Imperio Azteca representara una cultura que por sí sola, y sin el concurso de la conquista española, hubiera podido superar el abismo de siglos que la separaba de la cultura europea. El Imperio Azteca fue un esfuerzo notable, pero definitivamente tardío para que en estas tierras de América hubiera podido labrarse una civilización que ante el contacto ineludible con las del Viejo Mundo hubiera podido conservar su independencia y su estilo de vida.
Es semilla de discordia con nuestra propia esencia, y de estéril rebeldía contra el destino, la capciosa o ilusoria afirmación de que el español ambicioso y voraz vino a exterminar una gran cultura.

La Gran Tenochtitlán tenía rasgos notables, pero vivía siglos y quizá milenios atrás. De no haber sido el español, en poco tiempo habría sido otro el que conquistara estas tierras y la destrucción hubiera sido mayor y más implacable, como lo fue el dominio inglés en Norteamérica. El declinar del Imperio Azteca a manos extrañas era irremisible, ineluctable, y su fin fue ciertamente el menos inmisericorde que podía haberle deparado el destino.

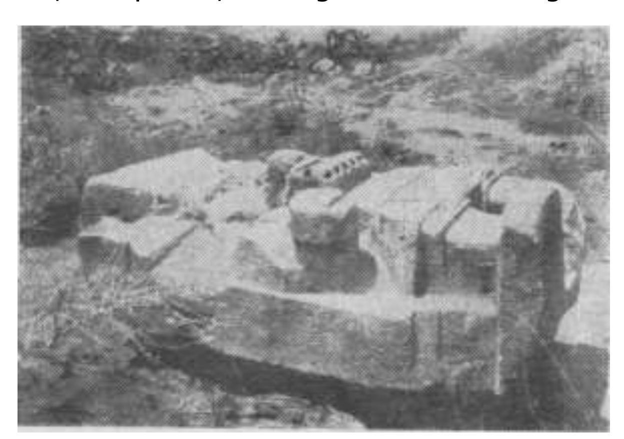
En vísperas de ese declinar, a fines del siglo XV, los habitantes de Anáhuac no conocían la rueda, ni el arado de hierro, ni el torno del alfarero, ni el vidrio. La diferencia de por lo menos 120 idiomas o dialectos, demoraba o frustraba los aislados esfuerzos de evolución. Los aztecas usaban jeroglíficos, no alfabeto, y consecuentemente la trasmisión de conocimientos e ideas era primitiva y difícil; el lenguaje mismo carecía de muchos términos para expresar ideas abstractas.
La vida agrícola, sin rueda, sin obras elementales de riego, sin bestias de carga y sin ganado vacuno, ni porcino, ni lanar, era por lo general miserable y dura. Prácticamente se desconocía la propiedad privada y el agricultor se hallaba a merced de caciques y señores. Casi todo se confiaba a los dioses, cuyas mercedes se creía ganar con sacrificios humanos. La alimentación era pobre y excesivo el esfuerzo para conseguirla. Los alimentos principales, el maíz y el frijol, que comían en el suelo y con las manos.
En cuanto a costumbres, el panorama no era menos primitivo. Las grandes masas se hallaban sujetas a una sumisión fatalista e indolente. Para ellas era aún inaccesible la idea de derechos personales y de patria, y con frecuencia se mantenían sujetas a la insolencia no de jefes, que guían y protegen, sino de audaces que tiranizan.
En muchas comunidades la mujer era un bien mueble y se le imponían los más duros trabajos productivos. Era lujo de riqueza, no de pasión amorosa, poseer varias mujeres. Esa carencia de sentido de responsabilidad hacia el prójimo más débil y hacia la propia prole, era también causa de que la mayoría de los indios hiciera sólo el trabajo más indispensable para su propio sustento, sin pensar en el remanente de esfuerzo que habría de servir para la evolución de su comunidad.
La exagerada sumisión al soberano se expresaba con tres genuflexiones, sucesivamente acompañadas con las palabras "señor", "señor mío", "gran señor'', y cuando el emperador era trasladado públicamente por nobles sirvientes, el pueblo volvía el rostro en señal de que no era merecedor de ver cara a cara su regia figura, mientras los personajes del cortejo marchaban sin levantar la vista del suelo.
Las provincias dominadas por los aztecas eran forzadas a pagar tributos y a dar esclavos. No se cimentó- el imperio en una comunidad de intereses y de ciudadanía; unos eran los dominadores y otros muy distintos los dominados. Y al faltar la idea común y elevada que justificara la dureza de unos y el sacrificio de otros como elementos ambos hacia un porvenir mejor, el Imperio Azteca quedó asentado sobre bases más movedizas que los pantanos del lago de la Gran Tenochtitlán.

Y resalta en la idiosincrasia del azteca, su profunda pasión mística. Tenía numerosas plegarias; al nacer un niño rezaban y pedían:

"Hijo mío muy amado, vive y trabaja; deseo que te guíe y te

provea y te adorne, aquel que está en todo lugar". Y para las calamidades tenían otra larga oración en que invocaban al cielo: "¡Oh valeroso señor nuestro, debajo de cuyas alas nos amparamos y descendemos y hallamos abrigo! ¡Tú eres invisible y no palpable, bien así como la noche y el aire!" (1)

Pero ese sentimiento místico, venero de energías, brillante en bruto, distaba aún mucho de encontrar una senda positiva y sólo atinaba a desembocar en la embriaguez de la sangre, en la orgía de la muerte y del dolor en aras de dioses inmisericordes concebidos como fuerzas de destrucción casi ajenas a la esperanza y al amor. Complicadísimos ritos sangrientos cubrían la diaria actividad y los 18 meses del año azteca eran propicios al sacrificio. Se inmolaban víctimas al dios Tótec arrancándoles primero la cabellera, como reliquia, y descuartizando los cuerpos para que fueran devorados por los sacerdotes; unos guerreros vestían los pellejos de los sacrificados y los usaban en la lucha a manera de coraza o máscara. Había su mes para hacerle sacrificios a Tláloc, dios pluvial, sumergiendo niños en agua hasta ahogar-



Tláloc, dios pluvial, tenía dedicado un mes para recibir sacrificios humanos. Se sumergían niños en agua hasta ahogarlos y así se esperaban abundantes lluvias.

los. Al dios Tezcatlipoca le sacrificaban un joven; a la diosa Xilomen, una mujer. Una fértil imaginación urdió toda clase de ritos sangrientos. Muchos de los idolillos y máscaras de aquellos tiempos son huellas perdurables de la pesadilla de pavor, de furor homicida, que perturbó aquellas mentes.

Numerosos templos eran escenarios de festines de sangre, y por mucho que unos exageren y otros acorten, es un hecho indiscutible que los dioses aztecas eran insaciables devoradores de víctimas y que se les rendía ese cruento tributo en los templos mayores de
(1487) Tlaxcala, Cholula, Teotihuacán y Huexotzingo. Como tam-

(1) Oraciones recogidas por Fray Bernardino de Sahagún.



Tezcatlipoca, otra deidad azteca a la que se sacrificaban vidas. Una fértil imaginación urdió toda clase de ritos sangrientos. . .

bién es indiscutible que en 1487, cinco años antes del descubrimiento de América, el Gran Teocali de Tenochtitlán (bajo la catedral de ahora) fue consagrado con torrentes de sangre. Gobernaba el rey Ahuitzotl, octavo del Imperio, tío de Moctezuma. Cuatro filas de desventurados, formadas desde los cuatro puntos cardinales, fueron caminando mansamente hasta el lugar del sacrificio y ascendieron las escalinatas del Gran Teocali para entregar infructuosamente sus vidas al dios Huitzilopochtli, sin comprender por qué.
Ixtlilxóchitl calculó que en el Gran Teocali y en los otros 13 menores habían sido ochenta mil los sacrificados, aunque otras estimaciones los fijan en veinte mil. Cuatro días duró la macabra tarea, desde la salida hasta la puesta del sol, y había cuatro sacrificadores en el gran templo.

Fue, como si Huitzilopochtli lo supiera, la orgía de sangre en que festejaba su inevitable fin.

(1517)

MAS QUE CONQUISTA,
UNA AUTOLIBERACION

El primero de marzo de 1517 Francisco Hernández de Córdoba descubrió las tierras de Anáhuac al tocar Cabo Catoche; tras un breve incidente con los indígenas regresó a Cuba. La siguiente expedición de Juan de Grijalva recorrió parte de Yucatán y llegó hasta la Isla de los Sacrificios, de donde también regresó a Cuba. La tercera expedición zarpó audazmente de Punta de San Antón, Cuba, el 10 de febrero (

1519)

de 1519 encabezada por Hernán Cortés, de 34 años de edad, a quien ya el gobernador Diego Velázquez se disponía a relevar del mando por el celo que su capacidad despertó. Después de 70 días de navegar, dejando atrás de sí un gobierno que lo consideraba proscrito, y enfrentándose a un futuro incierto en tierras desconocidas, Cortés atracó al atardecer del 21 de abril de 1519 junto a lo que hoy es San Juan de Ulúa. Y desde ese momento no hubo para él más meta que avanzar o perecer. Así lo enfatizó al desmantelar sus naves, ante los ojos asombrados o recelosos de sus 400 soldados y 199 marinos y artesanos, cuyos recursos bélicos principales eran 16 caballos y yeguas, 13 escopetas, 10 cañones y 4 falconetes o cañones de corto calibre. Adelante estaban las selvas de unas tierras desconocidas, llenas de peligros y pobladas de indígenas, y atrás quedaba el mar como infranqueable barrera hacia el pasado. Con esa resolución Cortés reveló su temple de gran capitán y conjuró la primera crisis de su empresa.

Después de breves combates con los tlaxcaltecas, éstos hicieron una jugada de astuta diplomacia al invitar a los españoles a sus dominios, a la vez que alentaban a los otomíes a que los atacaran en el camino para poner a prueba la fuerza del desconocido invasor. Al ver que Cortés derrotaba a los otomíes, los jefes tlaxcaltecas escarmentaron en cabeza ajena y resolvieron que era más provechoso tenerlo como aliado que como enemigo.

Esa naciente alianza fue propiciada por Cortés, quien comenzó a ganarse voluntades al alentar la independencia de los súbditos de los aztecas y al condenar los sacrificios humanos. En el Imperio había muchas fuerzas inconformes que deseaban la destrucción de ese orden de cosas y que se convirtieron en espontáneos aliados del español,. a quien veían como un mal menor junto a la servidumbre al gran Huitzilopochtli.

Mientras tanto, Moctezuma se enteraba con estupor de la llegada de los extraños hombres blancos del Oriente y recordaba las ominosas predicciones de Quetzalcóatl. Moctezuma no era cobarde ni traidor; descendía de probada estirpe y había ya demostrado sus arrestos en el combate, pero no creía factible oponerse a lo que parecía, y que en realidad era, la fuerza indubitable del Destino. De ahí su indeci-

sión ante el intruso, sus intentos de congraciarse con él y su vacilante esperanza de inducirlo a que abandonara la empresa. Al saber que Cortés se acercaba a la Gran Tenochtitlán, Moctezuma quiso también poner a prueba la fuerza del extranjero y alentó a los cholultecas a batirlo en una emboscada. Cholula iba a ser la trampa y en sus azoteas se disimularon trincheras.

Con la natural sensibilidad que el hombre de armas tiene ante el peligro, Cortés descifró alguna enigmática mirada, oteó el riesgo mortal al entrar en Cholula y reaccionando con terrible decisión aniquiló a tres mil indígenas y quedó dueño del campo. Sus aliados, los tlaxcaltecas, le prestaron decisiva ayuda. Fray Bartolomé de las Casas, primero, y otros muchos después, censuraron ese acto de Cortés, como todo juicio piadoso puede censurarlo. Pero no es la piedad el sentimiento que mueve a la guerra ni es la actitud piadosa lo que caracteriza al guerrero cuando va a entrar en acción. El trance del hombre en armas, en la encrucijada de matar o perecer, se desenvuelve en un plano donde en muy contadas excepciones —como no sea después del triunfo— hay lugar para los sentimientos de piedad y compasión.

Cortés se adelantó por segundos al golpe de la emboscada y descargó un mazazo anonadan-te y definitivo que salvó su empresa. Fue la segunda crisis que dominó con dureza.

Pasando por entre los dos volcanes, tras de escalar más de tres mil metros de altura, la expedición del Conquistador penetró al valle de la Gran Tenochtitlán cinco meses después del desembarque cerca de San Juan de Ulúa. La sede del Imperio lo recibió con sus armas moralmente casi abatidas. Cortés fue convirtiéndose rápidamente en amo de sus anfitriones.

La tercera crisis para Cortés ocurrió cuando otra expedición de españoles le abrió un segundo frente en la costa de Veracruz. Pánfilo de Narváez traía 1,400 hombres, 80 caballos y 20 cañones para someter a Cortés, quien dejó la mitad de sus contingentes en la Gran Tenochtitlán y se dirigió a afrontar la nueva amenaza llevando consigo 230 soldados. En un nuevo golpe de audacia y decisión, atacando en una noche lluviosa, sorprendió y venció a Narváez. Luego reforzó sus propias filas con los prisioneros y regresó a la Capital, que se hallaba conmovida por un levantamiento de los aztecas, a quienes la falta de tacto de Pedro de Alvarado (que torpemente había atacado el Gran Teocali y provocado una matanza) acababa de poner en efervescencia.

Cortés quiso pacificar los ánimos y accedió a liberar a Cuitláhuac, hermano de Moctezuma, que de anfitrión se había convertido prácticamente en cautivo de los españoles. Pero Cuitláhuac no se apaciguó, levantó el ánimo de los aztecas y encabezó la rebelión. Moctezuma, antiguo soldado y sacerdote, percibía ya una realidad superior y pre-

veía que la lucha estaba condenada al fracaso porque había llegado el momento de la transfiguración de su pueblo; con esta sensación, y no por cobardía, consideraba que la lucha estaba ya fuera de lugar y arengó a su pueblo a la paz, pero fue apedreado y tres días después murió. Entretanto, los combates se generalizaron y por primera vez desde la llegada de los españoles, el temple guerrero del azteca se irguió desafiante. Más de 600 soldados iberos, de un total de 1,100, cayeron abatidos, junto con dos mil indios aliados. Cortés se vio perdido dentro de la gran Ciudad y trató de salir a campo abierto, pero advertida la maniobra le destrozaron su nocturna retirada. Y fue esa la Noche Triste en que todo pareció perdido para el conquistador.

(Junio 30 de **1520**)

En ese momento Cortés estaba a merced de la selva y del indígena. Fue la mano de los tlaxcaltecas, encabezados por Mexicaltzín, la ayuda providencial que se tendió a rescatarlo del desastre. La caravana de derrotados, muchos de ellos heridos, halló seguridad y ayuda en Tlaxcala para reponerse y reorganizarse. Inmediatamente Cortés empezó a construir naves para ponerle sitio a la capital azteca y en los improvisados "astilleros" se enseñó a los tlaxcaltecas a utilizar los instrumentos de hierro. En ese momento Anáhuac daba un salto de la edad de piedra a la edad de hierro.

Entre tanto, Cuitláhuac moría de viruela y lo sucedía Cuauhtérnoc.

Cortés regresó a la Gran Tenochtitlán encabezando a más de 150,000 indios aliados, muchos de ellos súbditos rebeldes del Imperio Azteca, provisto de 13 bergantines, y le puso sitio a la ciudad. Durante 93 días Cuauhtémoc se batió con el temple noblemente bárbaro de su estirpe, afrontó el hambre y el asedio de un enemigo superior y rubricó con desesperada lucha el crepúsculo inevitable de su Imperio. La última resistencia se hizo en el barrio de Tetenámitl, que ahora es Tepito, y la ciudad cayó el 13 de agosto de 1521. En un año nueve meses la conquista estaba virtualmente consumada.

Fue una lucha grandiosa entre dos titanes, entre dos razas que por insospechados caminos iban a desaparecer, entremezcladas, para dar el ser a un nuevo pueblo y a una nueva nación.

Cuauhtémoc y Cortés son dos símbolos, dos símbolos que el fuego y la sangre fundieron en uno solo; primero la sangre de la lucha y después la de la herencia que fluye en el mestizo, desorientado e inseguro, como un ser nuevo sobre una tierra antigua y que va luego destilándose en el crisol del tiempo para armonizarse en el mexicano, tan heredero del sacrificio de Cuauhtémoc como del arrojo de Cortés.

Ambos son los elementos primarios de nuestro origen. De ahí arrancamos como mestizos. La mexicanidad es una nueva nacionalidad, una nueva forma para antiguas sangres. El mexicano no es el indio que combatió o que ayudó a Cortés, aunque algo de aquél subsista, ni



Cuauhtémoc y Cortés.—El mexicano no es el indio que combatió o que ayudó a Cortés, aunque algo de aquél subsista, ni tampoco el español que irrumpió en Anáhuac, aunque mucho de él perdure. No podemos negar a Cortés, que puso las bases de una nueva nación, ni a Cuauhtémoc, águila que cae junto con su imperio para fundirse en una nueva nacionalidad.

tampoco el español que irrumpió en Anáhuac, aunque mucho de él perdure.

No podemos negar ni a Cuauhtémoc ni a Cortés, como no podemos negar a la madre indígena y al padre ibero que entre las ruinas del caído Imperio dieron las simientes para este nuevo pueblo.

Más que una conquista, con la subyugación que ella implica, la empresa de Cortés fue el medio providencial al que se aferró la inmensa masa de indígenas de Anáhuac para liberarse del terror de sus dioses, superados por la fe cristiana. Si la Gran Tenochtitlán hubiera sido realmente la sede de un Imperio de tres millones de indígenas, unidos por una fe y una cultura, los quinientos hombres de Cortés habrían sido exterminados sin alcanzar siquiera a mirar el valle de México. La superioridad armada de esos quinientos hombres, carentes de una retaguardia que los abasteciera de pólvora, habría sido ventajosamente contrarrestada por la aplastante superioridad numérica del indio, conocedor de sus selvas y sus veredas.

Pero fue el mismo indio el que hizo posible el triunfo de Cortés. Los pueblos sometidos al Imperio Azteca, que no lograban aún superar su etapa primitiva de terror y sacrificios humanos, fueron espontáneos aliados del español, que les brindaba un superior estilo de vida. Y el presentimiento de los aztecas acerca de una vida y una cultura mejor

—presentimientos que en Moctezuma tuvieron su más enfática expresión— fue la fuerza que paralizó y debilitó su resistencia.
El Imperio Azteca cayó en una sola batalla, vencido por dentro. Sut debilidades de civilización primitiva, en muchos aspectos atrasada en milenios, fueron la principal fuerza del conquistador. La misma masa indígena sepultó su antiguo reino valiéndose de la espada de Cortés. Y como honras fúnebres de pundonor militar reverberó la lucha que acaudilló Cuauhtémoc, águila que cae junto con su imperio para fundirse en una nueva nacionalidad.

LOS CIMIENTOS DE UN NUEVO PAIS

Dos años después de su desembarque en las cercanías de San Juan de Ulúa, Cortés era el Jefe de lo que había sido el Imperio Azteca.
Una pacificación tan rápida de más de tres millones de indios no la hubieran logrado mil españoles, ni habría podido luego conservarse en paz por tantos años —sin terror policíaco ni campos de concentración—, si el estilo de vida traído por Cortés no hubiera sido, como fue, incomparablemente mejor que lo que existía bajo la sombra del Gran Huitzilopochtli.
Fuerzas extrañas a México, empeñadas en escindir nuestra historia para escindir así nuestro espíritu, nos indujeron la capciosa tesis de que Cortés y los suyos eran ambiciosos que vinieron a destruir una gran cultura por arrebatarnos el oro. Gente bien intencionada ha coreado luego esta falsa especie.
Sin duda que los conquistadores también buscaban oro y que uno de sus iniciales móviles era el anhelo de poder y de gloria. Pero no fue esto lo que perduró en su empresa, pues además traían el fulgor de una nueva civilización, el instrumento espiritual de su lengua, una religión de amor y no de destrucción y un nivel de vida mil veces más humano.
Y en tanto que las pasiones mezquinas fueron transitorias, todo lo más valioso y perdurable de lo que trajo la conquista quedó formando las bases del nuevo pueblo, desde el mestizaje, el idioma y la fe hasta la organización administrativa, política y cultural que México heredó de España. La obra de Cortés fue tan grande que aún perdura en nuestra sangre y en nuestra nación, y este es el mejor monumento a su memoria ignorada por la historia oficial.

La tesis calvinista de la predestinación y del destino manifiesto, según el cual los pueblos atrasados son hijos del diablo y los pueblos prósperos son hijos de Dios, sirvió de base en los Estados Unidos para que lo conquistadores puritanos casi acabaran con los pieles rojas, evidentes "hijos del diablo" cuya cabellera tuvo precio como la piel de cualquier animal, y para que surgiera la frase popular de que "el mejor indio es el indio muerto". Los supervivientes fueron relegados a

campos de lenta extinción llamados discretamente reservaciones. Y junto a este genocidio, que nadie lamenta, suenan sospechosas tantas quejas contra la conquista española que civilizó pueblos en vez de exterminarlos, que dejó al indio sobre sus mismas tierras y le dio nuevos cultivos en vez de confinarlo a disfrazados campos de concentración, que cruzó su sangre con él en vez de rehuírlo como "hijo del diablo" y que le dio su técnica, su idioma y su religión.
La conquista se realizó no tanto por la fuerza de las armas cuanto por la fuerza de los valores morales que Cortés traía consigo; de lo contrario, muchas expediciones hubieran fracasado. Al suprimir los sacrificios humanos Cortés restituyó a las masas indígenas el derecho primario que tenían a la existencia y contó con su entusiasta adhesión. Al derrocar al dios Huitzilopochtli, derrocó al Imperio Azteca, y una vez dominada la Gran Tenochtitlán, el resto de Anáhuac no fue precisamente conquistado, sino colonizado, y en esta tarea participaron primero los indígenas y luego los mestizos, bajo la dirección del español y del espíritu piadoso de los misioneros.

Desde su llegada a Veracruz Cortés creó el primer Ayuntamiento que existió en América. Luego emprendió la urbanización de las poblaciones, con los servicios públicos más indispensables, y dos años después —apenas tomada definitivamente la Gran Tenochtitlán—empezó la reconstrucción de la ciudad. Nuevas técnicas comenzaron a ser aprendidas por los indígenas con el auxilio de herramientas importadas. Y al mismo tiempo Cortés revelaba que no era la sed de oro lo que lo movía en su nueva empresa, pues con empeñosa celeridad inició la importación de todo lo que era desconocido en Anáhuac: vaca, carnero, chivo, cerdo, caballo, asno, mula, gato, gallina, faisán, pato, paloma y pavo real. Trigo, arroz, cebada, garbanzo, avena, lenteja, haba, chícharos y alubia. Manzana, melocotón, pera, calabaza, pepino, durazno, granada, toronja, melón, sandía, higo, cerezo, ciruela, limón, lima, naranja, uva, plátano y fresa. Zanahoria, coliflor, berenjena, lechuga, espinaca, nabo, espárrago, acelga, alcachofa, salsifí, remolacha, rábano, ajo, repollo y hongo. Olivo, avellana, castaño, almendra, caña de azúcar y café. Canela, clavo, pimienta, nuez moscada, jenjibre, anís, comino, laurel, hinojo, ajonjolí, menta, mejorana, orégano, romero, tomillo, yerbabuena y azafrán. Fibras de lana, de lino, de seda. Herramientas de hierro, bronce y latón.

Al mismo tiempo Cortés hacía llegar a España los productos de estas tierras que eran desconocidos en Europa, entre los cuales figuraban: maíz, frijol, papa, camote, betabel, guayaba, aguacate, zapote, chirimoya, tejocote, papaya, guanábana, mora, capulín, piña y cacahuate. Tomate, jitomate y ejote. Zarzaparrilla, quina y coca. Cacao y vainilla, y en cuanto a animales, el guajolote.

Otra de las primeras tareas de Cortés fue iniciar la construcción de

barcos, traer de España una botica con boticario y emprender la construcción del camino de México a Veracruz (llamado "Camino a Europa"), realizado por Alvaro López, y el de México a Acapulco ("Camino de Asia"). Fray Sebastián de Aparicio construyó la primera carretera en estas tierras, domó novillos y amplió el camino a Veracruz para darles paso a sus vehículos. Nació así la industria del transporte en la Nueva España. Pocos años después se abría otra carretera de México a Guadalajara.

(1535) Junto con todas estas obras se organizaron y emprendieron expediciones. El propio Cortés participó en varias; navegó hasta Baja California, fundó La Paz y regresó cuando ya lo daban por muerto. Comenzaron a levantarse los primeros mapas y se perfilaron claramente las vertientes del Golfo y del Pacífico.

En los primeros cincuenta años, desde la llegada de Cortés, sólo inmigraron siáte mil españoles, pero se hicieron expediciones civilizadoras a Yucatán, Baja California, las Islas Revillagigedo, Centroamérica, Arizona, Nuevo México y Texas, y se fundaron ciudades tan distantes como Valladolid, Guadalajara, Querétaro, La Paz, Durango, Puebla, Oaxaca, Mérida y Guatemala. Se abrió el camino de Oaxaca a Tehuantepec y a Guatemala; el de México a Zacatecas ("Camino de la Tierra Adentro"), que después se prolongó a Chihuahua, Paso del Norte y Nuevo México; y el de México a Querétaro, que más tarde unió a San Luis Potosí, Matehuala, Saltillo y Laredo.

De Barra de Navidad, Jal., partió (1564) la expedición de Miguel López de Legazpi, con 5 barcazas, a colonizar las Islas Filipinas, y al año siguiente el padre Andrés de Urdaneta abrió la ruta entre las Filipinas y Acapulco. Europa quedó así en comunicación con Asia a través de Veracruz y Acapulco.

Rápidamente iban vigorizándose la producción y el comercio y surgían nuevas ciudades y pueblos por todos los rumbos de la Nueva España; se establecieron administraciones públicas y se abrieron comunicaciones; en suma, fue la tarea gigantesca de fundar una gran nación. Lo que había sido el Imperio Azteca con influjo en una área relativamente reducida alrededor de la Gran Tenochtitlán, se extendió rápidamente a remotas tierras de los cuatro puntos cardinales, desde los desiertos de Nuevo México hasta las selvas de Centroamérica, en lo que ahora es Costa Rica, y desde la Baja California hasta Yucatán. Es decir, comenzó a tomar forma un nuevo y gigantesco país.

Inmediatamente detrás de la espada que paralizó la incesante demanda de sangre de los dioses aztecas, fueron llegando los misioneros descalzos, hombres humildes que paradójicamente representaban un enorme poder espiritual. Y con ellos llegó la enseñanza de una nueva fe que no demandaba sangre; de un nuevo idioma con más

alas para el pensamiento; de una nueva técnica que ampliaba horizontes y de nuevas semillas que daban frutos desconocidos en América.

Llegó así la rueda y el carruaje, que ahorraba fatigas y multiplicaba el fruto del esfuerzo; llegaron en auxilio del desvalido ios servicios sociales hasta entonces desconocidos en América y sobre los cuales habría de hacerse tanto ruido en el siglo veinte, como si jamás hubieran existido; llegaron el trigo, el arroz, la cebada, las moreras, la caña y otros vegetales; llegaron los árboles frutales, el caballo, la vaca y el cerdo. Y llegaron artesanías y artes que iban abriendo ¡uievos oficios y desconocidas industrias.

Ciertamente llegaron también los encomenderos. Algunos con sanos propósitos convirtieron a indios cerreros en cristianos civilizados que aprendían algún oficio, y otros con ambición desmedida les exigían más tarea de la cuenta. Inconcebible hoy, la encomienda era en aquella época más benigna que el feudalismo imperante en Europa. Un año después de consumada la conquista, el Emperador Carlos V prohibió esta práctica y el 26 de junio de 1523 dispuso que "pues Dios Nuestro Señor creó los dichos in-

(1523)

dios libres y no sujetos, no podemos mandarlos encomendar, ni-hacer repartimientos de ellos a los cristianos, y así es nuestra voluntad que se cumpla; por ende yo vos mando que en esa dicha tierra no hagáis ni consintáis hacer repartimiento, encomienda ni depósito de indios de ella, sino que los dejéis vivir libremente, como los vasallos viven en estos nuestros reinos de Castilla".

Por lo pronto, las autoridades civiles y eclesiásticas juzgaron prematura la medida y obtuvieron una prórroga que no duró muchos años. Pero



Carlos V de Alemania y 1 de España: "Pues Dios Nuestro Señor creó los dichos indios libres y no sujetos, no podemos mandarlos encomendar . . . (Junio de 1523).

entre los males anteriores y los nuevos, éstos eran los menos malos. Por eso solía ocurrir que cuando el indio se mostraba reacio al encomendero, se le amenazaba con devolverlo a sus antiguos caciques, a lo cual temía más que a ningún otro castigo.
Es cierto también que la grandeza de Cortés tuvo flaquezas, como las tiene toda la grandeza transitoria de lo humano, y que el tormento y la muerte de Cuauhtémoc (febrero 28 de 1525) fueron una sombra en su carrera. Pero su obra fue inconmensurable; él representa la paternidad de una nueva nacionalidad en formación; él aportó la san-
gre y el espíritu que en confluencia con lo indio formaron
(1547) el cimiento de México. Y viejo y pobre, sintiendo ya el
llamado de la muerte, él quiso que sus restos reposaran aquí, polvo de sus ímpetus y de sus sueños en polvo de su nueva Patria.
Si oficialmdnte no lo hemos reconocido así es porque la mano extraña que adultera nuestra historia— punto de partida para manipular luego nuestro futuro— se ha empeñado en escindir las dos fuerzas de cuya fusión emana la sangre y la espiritualidad de México: la fuerza de lo ibero y la fuerza de lo indio. Ambos son los elementos primarios de nuestro ser; querer negar alguno, calumniándolo, es un insensato forcejeo con el Destino.

Es evidente que la conquista la realizaron los cuatrocientos españoles de Cortés con el concurso de millares de indios, y es igualmente claro que el Imperio Azteca adolecía de debilidades tan grandes que una sola batalla perdida, la de la Gran Tenochtitlán, bastó para sepultarlo definitivamente. Y es de igual evidencia que al afirmar Cortés su dominio, apenas dos años después de su desembarque, comenzó a trasplantar —pese a las fallas de lo improvisado— los adelantos materiales de la civilización europea y un estilo de vida más humano, que superaba a las costumbres indígenas con ventaja de milenios.
Junto a los abusos de los nuevos señores hubo siempre el freno de los misioneros y la protección categórica de los reyes, aunque no siempre la distancia permitía hacerla efectiva. Como ejemplo está la Cédula del 31 de mayo de 1535 en que el Monarca ordenó que se devolvieran las tierras arrebatadas a los indígenas, y la del 19 de febrero de 1570 que establecía la obligación de agrupar a los indios en pueblos sin quitarles sus campos. Las Leyes de Indias son la prueba irrefutable del espíritu humanitario que había tras la empresa de Cortés. Y si algunos o muchos españoles no estuvieron a la altura de ese ideal y explotaron al indígena, esto es únicamente una parte de la verdad, pero no la verdad completa.

El balance entre lo negativo y lo positivo que trajo la espada de Cortés es favorable a su obra y a la obra de España. Mucho podrá hablarse en pro o en contra y esto será perder el tiempo porque no son las partidas aisladas del debe o del haber lo que decide, sino el

balance, y ciertamente la conquista española —comparada con las demás realizadas en el mundo— tiene una enorme suma a su favor. Se explotaron y colonizaron tierras, se fundaron ciudades, villas y aldeas, se abrieron caminos, se establecieron comunicaciones que dieran sentido de unidad a las diversas comarcas, se levantaron mapas, se trazaron cauces para la vida política, industrial, agrícola, comercial y cultural. En pocas palabras, se fundó un gran país.

Diez años después de la conquista ya habían sido trasplantados a la Nueva España todos los productos europeos que no existían aquí. La producción de cereales, algodón y azúcar era ya apreciable. En muchas regiones los indios podían escoger el trabajo que más les gustara, libertad que entonces no disfrutaban los siervos europeos bajo el sistema feudal. La jornada de trabajo en la Nueva España era de 10 horas diarias, o sea dos horas menos que en algunos países de Europa, como la Gran Bretaña.

(1539) Apenas a los 18 años de la conquista, México tuvo la primera imprenta que hubo en América, cien años antes que en Estados Unidos. Y a 31 años de distancia de la caída de la Gran Tenochtitlán nació la Real y Pontificia Universidad de México (también primera en el Continente) adelantándose así en casi un siglo a la de Harvard.(l) A continuación fueron fundándose, con recursos y elementos llegados de España, universidades o colegios en las principales ciudades. La Universidad de México contaba ya en 1575 con una biblioteca de 10,400 volúmenes; la de San Ildefonso con 6,000, la de San Gregorio con 5,461, la de San Juan de Letrán con 12,161, y había otras muchas en los colegios principales.

Comenzó asimismo a nacer la industria y a organizarse gremios o cofradías, como el de los bordadores, a partir de 1546. Numerosas fincas azucareras surgieron en Morelos y Veracruz.

Felipe II inició la reglamentación del trabajo en las minas de Borgoña —entonces pertenecientes a la Corona Española— y el 10 de enero de 1579 disponía: "Queremos y ordenamos que los obreros de las

> minas trabajen sólo ocho horas diarias en dos tandas de cuatro horas cada una ... Quiero y ordeno que los obreros sean pagados los días feriados como si hubieran trabajado". (Séptimo día).

Otra real cédula prohibió el cultivo del añil porque, decía, "debe preferirse el bien y conservación de los indios más bien que el aprovechamiento que pueda resultar de su trabajo, mayormente donde interviene manifiesto peligro y riesgo de sus vidas" (1579). En cambio se prefirió el cultivo de la cochinilla para obtener colorantes.

Los indios contaban con defensores de las más variadas índoles, incluso soñadores que se alejaban de la realidad, como Fray Bartolomé

(1) La Universidad de San Marcos de Lima fue creada por cédula real antes que la de México, pero comenzó a funcionar 18 años después que ésta.



Felipe II: Que los mineros trabajen sólo 8 horas diarias y que se les paguen los días de fiesta... "Debe preferirse el bien de los indios más que su rendimiento..." (1579).

de las Casas, para quien el militar siempre era "feroz" y "bárbaro", sin reconocer que la esp ida iba abriendo camino a la civilización; pero cuando peligró la colonización de Cumaná el mismo Las Casas tuvo que pedir el auxilio de las tropas. Según Las Casas, nunca hay guerra justa ni el dinero de Indias aplicado a buenas obras tenía redención, pero es el caso que él mismo vivía de una pensión pagada con rentas de Indias. Por encima de las polémicas acerca de esas cuestiones, es un hecho indiscutible que la Nueva España se hallaba vinculada a un imperio de progreso y de estructura justiciera, lo mejor que la suerte podía haberle deparado en aquel entonces para acelerar su evolución hacia una nueva nacionalidad.

SE EXPANDEN DOS FUERZAS POR EL MUNDO

En tanto que en la Nueva España iban poniéndose los cimientos de una nueva nación, dos grandes fuerzas se expandían por el mundo y entraban en lucha abierta o encubierta; eran sólo dos grandes fuerzas, aunque a veces parecían muchas, y muy complejas, porque en cada país adquirían matices regionales y nombres diferentes.

Desde que Cristo fue llevado al Calvario el mundo quedó dividido en dos campos fundamentales: el cristiano y el anticristiano. Al condenar a Jesucristo los judíos se habían impuesto y poco después formalizaban el propósito de derrotar a los romanos. Algunos hebreos (los celotes) eran partidarios de una lucha abierta, en tanto que

(año 66)

otros (los sicarios) actuaban encubiertamente y realizaban

actos de terror contra el régimen y contra sus propios hermanos de raza que no secundaban su táctica. Esto acabó por generalizar **el** levantamiento contra los romanos.

Desde los primeros encuentros los judíos sufrieron graves reveses, **y** cuando ya veían casi perdida su lucha, el rabí Johanán ben Zacai se fingió partidario de concertar la paz con los romanos y consiguió que éstos le permitieran transladarse a otra población, donde reunió discípulos y comenzó a crear una nueva comunidad que transmitiera a sus descendientes la fe en que restaurarían el templo de Jerusalén y lograrían la hegemonía mundial como "pueblo elegido".

Mientras el rabí Zacai realizaba esa tarea adoctrinadora, Je-
(70) rusalén era dominado por los romanos, y el templo israelita fue
totalmente destruido. Se inició entonces la diáspora o dispersión de los judíos, ya vencidos, en tanto que los romanos se iban cristianizando y esto acentuaba más sus diferencias con los hebreos.

Sesenta años más tarde los judíos lograron realizar un nuevo levantamiento y los romanos tuvieron que hacer un considerable esfuerzo para dominarlos. Sorprendido ante esa persistencia, el emperador
Adriano, de Roma, se propuso acabar con el credo judaico
(135) y prohibió la enseñanza de la Torá, pero los hebreos ya ha-
bían desarrollado grandes facultades para la acción subterránea y continuaron enseñándola secretamente a sus descendientes. En la misma forma siguió funcionando su gobierno oculto, el Sanedrín, y Rabí Judá escribió la Mischná, o sea la segunda Torá, que recopilaba gran parte de las instrucciones judaicas hasta entonces transmitidas verbalmente. La Mischná, junto con las conclusiones que después se le agregaron (Guemara) constituyó el Talmud (de 12 a 20 volúmenes).

Esos escritos sirvieron de base para el gran impulso que logró la
comunidad judía asilada en Babilonia, la cual llegó a sen-
(470) tirse suficientemente fuerte para entrar en pugna con los
persas, pero fue vencida, y muchos hebreos tuvieron que emigrar, particularmente a la India y a Arabia. Los que se quedaron en Persia realizaron un segundo levantamiento y fueron derrotados de nuevo.

(476) Entretanto, el Imperio Romano se desmembraba. Siria y Pa-
lestina pasaron a poder de Bizancio y los judíos ya no tenían entonces muchas esperanzas de vencer en guerras abiertas y habían optado por infiltrarse en las administraciones de los Estados, razón por la cual el Emperador bizantino Justiniano les prohibió que desempeñaran cargos importantes en el gobierno de Bizancio.

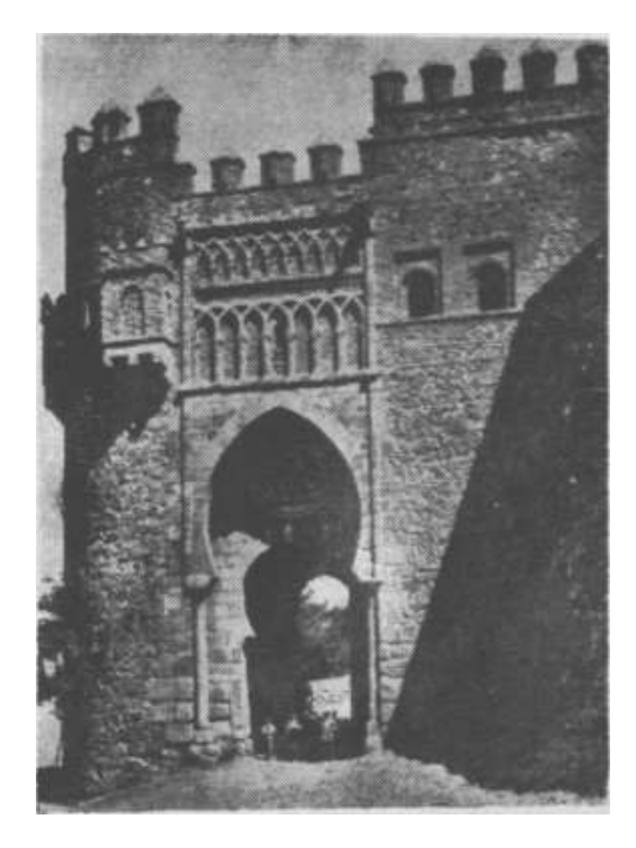
Más tarde los primeros califas árabes —seguidores de Ma-
(638) homa— arrebataron a Bizancio el dominio de Siria y Pales-
tina, territorios que después quedaron bajo el control del Califato de Bagdad, el cual abarcaba a Persia, Babilonia, Armenia y

Egipto. Durante estos cambios, aprovechando los movimientos y reajustes políticos consiguientes, los judíos lograron infiltrarse en las nuevas administraciones y así fue posible que cuando los ejércitos árabes se lanzaron al Occidente, hacia España, marcharan entre ellos numerosos e influyentes peritos y consejeros israelitas.

(En España los judíos habían llegado en el año 850 antes de Jesucristo (1) y disfrutaron de cordial hospedaje para prosperar económicamente y para practicar su religión, como lo prueban todavía hoy las viejas sinagogas existentes en la Península. Sin embargo, los judíos guardaron en España su prohibición de casarse con no judíos y evitaron la fusión con la población española. Fieles a su sueño de hegemonía mundial no se sentían agradecidos por el hospedaje que se les brindaba, sino víctimas de una injusta situación porque no eran ellos los
(694) soberanos del país. Bajo el rey Ecija —en 694 de nuestra Era— los españoles descubrieron que la colonia judía mantenía comunicación con los musulmanes de Africa y conspiraba contra el régimen; entonces se reunió el Concilio XVII de Toledo y les impuso diversos castigos. Pero esto duró menos de cinco arios, pues el nuevo rey Witiza, hijo de Ecija, los perdonó y les restableció todos los derechos de que habían gozado. Si con ello creyó que se ganaría la buena voluntad de la población hebrea, estaba completamente equivocado, ya que ellos aprovecharon la benevolencia de Witiza para reanudar su conjura).(2)

Así estaban las cosas en España cuando ocurrió el ataque de las legiones árabes. Los judíos, que bajo el rey Witiza gozaban de paz y prosperidad en la Península Ibérica, se pusieron de acuerdo
(711) con sus hermanos que acompañaban a los invasores musulmanes —encabezados por Tarik, de quien Torroba Bernal-do de Quirós dice que era moro de sangre judía— y abrieron las puertas de las principales ciudades españolas.(3) Los propios israelitas refieren este pasaje histórico con las siguientes palabras: "Cuando los musulmanes conquistaban una ciudad, sus dirigentes la entregaban al cuidado de los judíos, en quienes veían amigos leales, y proseguían su marcha. La capital de España, Toledo, fue entregada al guerrero árabe Tarik por los israelitas, los cuales le abrieron las puertas de la ciudad mientras la población cristiana huía a buscar refugio en las iglesias. El cuidado de la capital fue también confiado a los hebreos. De este modo los judíos se convirtieron en dueños de las ciudades".(4)

(1) "Histoire de Juifs". Basnage.
(2) "Historia de los Heterodoxos Españoles". Menéndez y Pelayo.
(3) "Los Judíos Españoles", por Felipe Torroba Bernaldo de Quirós. Madrid. 1961. Pág. 14:
(4) Manual de la Historia Judía.—Por Simón Dubnow.—Editorial Ju-



La colonia judía residente en Toledo, capital de España, se entendía con el invasor árabe y le franqueó las puertas, con lo cual logró puestos públicos. El cautiverio de España iba a durar setecientos arios. ..

Para la población española, que había llegado a tratar familiarmente a sus huéspedes judíos, fue un golpe terrible ver que éstos se entendían con el invasor musulmán, que le abrían las puertas de sus ciudades, que se apoderaban de los puestos políticos dirigentes y que ayudaban al extranjero a adueñarse del país. Hubo ciudades habitadas casi exclusivamente por judíos, como Lucena, y a Granada se la conoció por algún tiempo como Villa de Judíos. Este cautiverio de España iba a durar SETECIENTOS AÑOS. Los españoles fueron sojuzgados en su propia tierra y tuvieron que luchar y perder muchos hombres para ir reconquistando ciudades y regiones. En. 1085 recuperaron Toledo, formaron un barrio especial para sus antiguos captores judíos y aún permitieron que algunos de ellos volvieran a ocupar puestos públicos, como Samuel Leví, que fue tesorero y que defraudó la confianza porque se apoderó de tesoros y los ocultó en subterráneos de su propia casa.

Los judíos lograron un gran triunfo político-económico al compartir

---

daica. Buenos Aires.—Las ciudades francesas de Toulouse y Béziers también fueron entregadas por judíos a sus sitiadores árabes. Y más tarde, en Hungría, la colonia hebrea se entendió con los invasores mogoles, en contra de sus antiguos protectores cristianos. Así lograron más influencia y riqueza.



Anacleto I I , judío, ascendió al Papado en 1130. Luego se le denunció como infiltrado para destruir a la Iglesia por dentro y se le derrocó 7 años después como antipapa.

con los árabes la dominación de la España católica durante 7 siglos. Pero a la vez buscaban el triunfo sobre la institución que consideraban su más poderosa rival desde el advenimiento de Cristo, o

(1130) sea la Iglesia Católica. En 1130 el cardenal Pierleoni, muy devoto, muy caritativo y muy estimado por su aparente espíritu religioso, se proclamó como Papa Anacleto I I. Lo apoyaba el grupo político que acaudillaba su familia. Pierleoni era descendiente, por la rama paterna, de los judíos Baruch Leonis y Chanoch Ben Esra, y su madre Miriam era hija del rabino Nathan Ben Jechiel. Varios cardenales advirtieron que Pierleoni estaba al servicio del judaísmo y que su militancia católica era falsa, por lo cual reconocieron como Papa a Inocencio II, pero el grupo de Pierleoni obligó a Inocencio a emigrar.(1)

La Iglesia de Francia no reconoció a Pierleoni (Anacleto II); en París hubo tres concilios y se planteó que Pierleoni fingía desde niño su conversión y había sido infiltrado en la Iglesia para destruirla por dentro.

La hábil conducta externa de Pierleoni se vio pronto contradicha por sus actos gradualmente contrarios a la ortodoxia religiosa. El Abad Bernardo (posteriormente canonizado como San Bernardo) encabezó la lucha para desenmascarar al falso Papa y recorrió todas las Casas reales de Europa llevando pruebas de que Pierleoni favorecía a los prelados de origen israelita e intrigaba y postergaba a los no judíos.

El emperador de Alemania fue el primero en convencerse de esa traición y tropas alemanas y francesas apoyaron al Papa Inocencio II, re-

(1) "El Papa del Ghetto", Gertrud von le Fort. Barcelona 1961, pág. 12.

conocido por los concilios de París. En vísperas de perder su dominio,
Pierleoni (Anacleto II) huyó del Vaticano, murió en circuns(1
138) tancias poco claras (1138) y quedó de manifiesto que había
sido un Antipapa. Inocencio II regresó a Roma y ese día se conoció con el nombre de Sábado de Gloria del gran cisma. En los concilios de París se abordó ampliamente este tema y se nombró específicamente a los judíos como conspiradores para destruir el trono y la Iglesia. En aquella época la casi consumación de esta catástrofe estremeció al mundo y fue del dominio público.

La magistral táctica judía de la infiltración, que había triunfado política y militarmente en España, y que estuvo a punto de triunfar en lo
religioso en Roma, alarmó profundamente al mundo cristia(I
215) no y así se evidenció en el IV Concilio de Letrán (1215),
durante el cual se adoptaron medidas defensivas. La gravedad del peligro dio asimismo origen al nacimiento de los tribunales de la Inquisición, destinados a descubrir y castigar las infiltraciones de un enemigo que no luchaba abiertamente, sino que se disfrazaba de mil modos, dado que el Talmud dispone que es lícito "engañar a los idólatras haciéndoles creer que se es adepto a su culto". Dichos tribunales
quedaron primero en manos de los obispos y luego del
Va-(1227) ticano, bajo el Papa Gregorio IX (1227-1241).

Aunque vencido su principal intento dentro del Vaticano, los judíos continuaron tratando de dividir y debilitar a los católicos. Veían en éstos a los seguidores de Cristo, a quien juzgaban un impostor por haberles negado el reino de este mundo. En el sur de Francia, en el famoso Midi, que por su densa población judía llegó a ser en el siglo XI el baluarte del judaísmo en Occidente, surgieron diversas herejías antisacerdotales. Nació ahí la secta de los valdenses (1170), fundada por Peter Waldo de Lyon, que luego fue ayudada y propalada por judíos que aparentaban ser cristianos; los valdenses querían el laicismo en la enseñanza y difundían ideas comunistas, como la supresión de la propiedad privada (siglos después remozada por el comunismo moderno) y trataban de realizar movimientos revolucionarios valiéndose de los pobres. Decían que sólo querían moralizar a la Iglesia, aunque su meta era destruirla.

Los valdenses tenían ligas secretas con los albigenses (o cátaros) a quienes dirigían cristianos de origen judaico. Los albigenses eran más radicales que los valdenses y en esta forma había dos grupos que se dirigían hacia la misma meta, pero que actuaban con tácticas diferentes para atraerse a gente de diversos temperamentos.

A medida que los españoles iban recuperando el dominio sobre su territorio, muchos judíos desplazados pretendían volver a infiltrarse en las organizaciones políticas y religiosas —a veces ayudados por valdenses y albigenses— y para impedirlo se fueron formando tribunales

de la Inquisición en las regiones recién liberadas. La situación para los judíos se volvió particularmente desfavorable en el siglo XIV y surgió entre ellos un cisma profundo porque crecía el número de los que se disfrazaban de católicos para infiltrarse mejor en las nuevas instituciones españolas, en tanto que otros los recriminaban por esa táctica y los llamaban "marranos". Los rabinos zanjaron más tarde esa disputa haciendo ver que los falsos conversos eran hermanos "más sutiles" que así prestaban mejor servicio a su causa.
Entretanto, durante el siglo XIV, en el Califato de El Cairo, los árabes advirtieron que la infiltración judía trabajaba más para sus propios fines que como un aliado sincero y reaccionaron con terribles represalias. Al mismo tiempo los españoles progresaban en su lucha de liberación (después de 700 años de sojuzgamiento), y al consumar (

I 492) su victoria con la recaptura de Granada, decretaron la expulsión de los judíos, salvo los que ya fueran realmente hijos de España. Y se pensó ingenuamente que el testimonio de su fusión, la prueba de fuego, sería que se bautizaran como católicos. Unos lo aceptaron y otros no.
Varios historiadores calculan que emigraron 160,000 hebreos y otros afirman que fueron 400,000. La mayor parte de los emigrados se radicó en Inglaterra y en Francia, donde muchos de ellos dieron luego impulso al protestantismo para debilitar al catolicismo, e incluso llegaron a ostentarse públicamente como protestantes, aunque en la intimidad seguían siendo israelitas.

Este fenómeno religioso-político del protestantismo se inició a principios del siglo XVI y tuvo considerable influencia en Europa. Resulta que el rabino Salomón-Raschi adoctrinó al monje franciscano Nicolás de Lyra (descendiente de judíos) y a través de éste influyó en el sacerdote católico Martín Lutero, primero, y luego en Juan Cauvín (Cal-vino) para realizar el cisma protestante. Lutero negó muchos de los preceptos católicos, se casó en 1525 y se lanzó a la lucha abierta contra su antigua Iglesia, a la cual acusó de inmoral. Su regla de fe era el libre examen-de la Biblia, según lo cual cada lector es libre de interpretarla a su modo. Así se rompía la unidad del credo y de los fieles como se rompería la unidad nacional si cada ciudadano pudiera interpretar las leyes a su arbitrio.

El historiador judío Abrahams afirma en "Vida de los Judíos en Inglaterra" que Lutero **"empleó a varios judíos para preparar su Biblia".** Berbier agrega que el sello personal usado por Lutero tenía los emblemas de los rosacruces, quienes eran judíos encubiertos que luego se constituyeron **en** rama masónica y agruparon a gente no judía. ("Las Infiltraciones Masónicas en la Iglesia").
Otros hebreos como Elías Levita, fundador de la gramática hebrea moderna, y Jacobo Loans y Obadiah Sformo, tuvieron también activa



Martín Lutero, uno de los instrumentos humanos utilizados para provocar el gran cisma dentro del catolicismo. L a interpretación personal de la Biblia rompía la unidad del credo. .

participación en los orígenes de la Reforma protestante. **"La Reforma se nutrió en la sangre viva de un hebraísmo racional",** dice Abrahams en "Vida de los Judíos en Inglaterra" y lo confirma Rabí Newman en "Influencia Judía en los Movimientos de la Reforma Cristiana".

Por eso el judío Bernard Lazare decía que **"el espíritu judío triunfó con el protestantismo",** bajo el cual se infiltró profusamente en Inglaterra y Alemania.

Juan Cauvín, conocido luego como Calvino, fue más radical que Lutero y concibió la doctrina de la predestinación, muy en consonancia con las creencias judaicas, de que unos nacen siendo hijos de Dios y por lo tanto destinados a la salvación, y otros nacen predestinados a su perdición y de nada puede valerles hacer buenas obras. Calvino impuso sangrientamente un régimen tiránico en Ginebra, que duró 30 años. En 1558 y 1559 hizo ejecutar a 400 personas y desde entonces esa ciudad se convirtió en "sagrada" para la lucha contra los países católicos y el catolicismo.(1)

El verdadero apellido de Calvino era Cauvín y su origen es oscuro. Entre los principales predicadores de su doctrina figuraron Farel y Rousel, ambos judíos. El historiador Wernes Sombart relata cómo varias sectas protestantes, entre ellas el puritanismo, eran judaicas. Numerosas familias judías que se habían instalado en Inglaterra desde la

(1) Desde aquella época Ginebra quedó considerada como ciudad simbólica; ahí se refugió Lenin, ahí se estableció la Liga de las Naciones, ahí se han celebrado numerosas conferencias tendientes a debilitar al cristianismo y ahí se fragua una maniobra de desarme para dar preponderancia militar al marxismo.



Juan Cauvín, conocido como Calvino, más radical que Lutero, estableció su sangrienta dictadura anticatólica en Ginebra, ciudad q u e se convirtió en "sagrada" para las fuerzas ocultas internacionales (1558).

Edad Media (y que en 1376 ya habían organizado una célula masónica en el Tribunal del Consejo de los Comunes), acogieron y difundieron el protestantismo —para debilitar el catolicismo— y entre ellas se distinguió la familia del judío español Georges Añes (también llamado Gonzalo Añes y Dunstan Añes) considerada como una de las familias protestantes a las cuales se debe gran parte de la prosperidad de Inglaterra.

En Inglaterra el rey Enrique VIII quería casarse nuevamente y por ello entró en dificultades con la Iglesia; aconsejado por Tomás Cromwell acogió el protestantismo y se declaró jefe de su propia Iglesia (1532); así pudo casarse libremente seis veces y matar a dos de sus esposas, no sin emprender una sangrienta lucha contra el catolicismo, ayudado por el propio Tomás Cromwell, el cual se encargó de destruir los monasterios (1535) y de acosar a los sacerdotes fieles al Vaticano. (Posteriormente la reina Isabel, asesina de María Estuardo, permitió una nueva persecución y grandes matanzas para afianzar el protestantismo como religión de Estado, bajo el nombre de religión anglicana, en 1571).

Durante el siglo XVI las luchas de' Reforma se extendieron a toda Europa y los judíos soplaban en el fuego de la controversia teológica para que se convirtiera en lucha política. Desde el primer momento del cisma luterano, el cardenal Jerónimo Aleander, nuncio del Papa en Alemania, había comunicado al Vaticano que los judíos imprimían y hacían circular la propaganda protestante. Desde Flandes la enviaban a España en toneles de doble fondo, y en Ferrara —centro financiero judío— se imprimían biblias luteranas para distribuirlas en Italia. Los médicos y negociantes .judíos establecidos en todos los países europeos alentaban la difusión del protestantismo; se valían de todos los instru-



Rey Enrique VIII de Inglaterra, que en 1532 se acogió al calvinismo y se volvió contra el catolicismo. Poco después la reina Isabel intensificó la lucha anticatólica. Una red internacional secreta soplaba en la controversia teológica para que se convirtiera en lucha política. España á se conservaba como una fortaleza de la cruz.

mentos, hasta el de la astrología, con el cual Miguel de Nostradamus ejercía influencia en la Corte francesa, fingiéndose católico. En Amberes el doctor Rodrigo López (judío-español) era el enlace de numerosos propagandistas y para actuar mejor se ostentaba como católico en el Continente y como protestante en Inglaterra.

En esa tarea de difusión cooperaban estrechamente con los judíos todas las logias masónicas. El padre A. Hillaire explica esa estrecha alianza de la siguiente manera: "La masonería, en su forma presente, se remonta a la orden de los Templarios. Después que el Papa Clemente V (1305-1314) y el rey de Francia Felipe el Hermoso abolieron la Orden de los Templarios, muchos de éstos buscaron refugio en Escocia y allí se constituyeron en sociedades secretas, jurando un odio implacable al Papado, a la realeza y a la fuerza armada. Tal sería el significado de los tres puntos con que firman.

"Después del Gólgota y de la ruina de Jerusalén, el propósito del judío es la destrucción de la civilización cristiana. Pero el judío solo no podría alcanzar su fin, si no hallara aliados en los pueblos cristianos.

"Los aliados de los judíos son los francmasones.

"El programa judío y el programa de la francmasonería son idénticos: es, sobre todo, la destrucción del cristianismo.

"Judíos y fráncmasones votan siempre unidos como un solo hombre, las leyes y determinaciones contra los cristianos". (I)

Y en medio de las convulsiones que la lucha de Reforma producía en toda Europa, España detenía la acción anticatólica y se afirmaba en su fe y en su potencia militar y económica.

LAS SOMBRAS DE LA INQUISICION

En circunstancias en que cualquiera otro pueblo podía haber tomado represalias terribles después de la traición sufrida y de los siete siglos de dominación extranjera—, el rey Fernando el Católico optó sólo por la expulsión de los judíos que no quisieran seguir la religión católica. Los que se quedaron en España fueron la mayoría; los otros les llamaban despectivamente "marranos" pero bien pronto los rabinos advirtieron• que quienes estaban logrando mayores avances en la lucha del judaísmo internacional eran "los hermanos más sutiles" que como falsos conversos actuaban bajo nacionalidades y creencias ajenas.

La numerosa colonia israelita que se quedó en España, y que pese a los trece o veintitrés siglos que llevaba de residencia no se había fusionado con la población española, siguió en su mayor parte la táctica "sutil" y no se convirtió realmente al catolicismo, aunque lo aparentó con habilidad y mansedumbre. Desde el primer momento estos hebreos trataron de minar a la Corona y de recuperar sus posiciones perdidas. Y precisamente como reacción a estas actividades secretas —no al culto israelita que siempre había gozado de libertad— creció y se vigorizó el Tribunal de la Inquisición. No era intolerancia religiosa; era rivalidad política. Era 'a lucha de un pueblo contra un grupo que ya lo había traicionado y que luego pretendía burlar la expulsión y minar al nuevo régimen. Ahí no había antisemitismo ni racismo, sino conflicto de traicionados y traidores. (2)

La Iglesia, con el antipapa judío Anacleto II, y el Estado Español con la traición de su colonia israelita que se alió al invasor musulmán, habían palpado la terrible efectividad de ese movimiento político secreto y reaccionaron en consecuencia. No era antisemitismo, sino defensa frente a un anticristianismo que se transmitía de generación en generación y que no aspiraba sólo a afirmar su credo, sino a minar y destruir el ajeno. Primero fue el asalto de ese movimiento político oculto y luego vino la respuesta con el Tribunal de la Inquisición, que indudablemente era

(I) La Religión Demostrada.—Padre A. Hillaire. Versión castellana de Mons. Agustín Piaggio. Págs. 437 y 438.

(2) La sutileza con que algunos políticos hebreos se fingían conversos para continuar la subversión contra Estado e Iglesia, fue revelada por dos judíos sinceramente conversos, Fray Alonso de Espina, en "Fortalicium Fi-dei", y Pedro de la Caballería, en "Celus Christi".

un duro tribunal, pero no más duro que todos los de su época en Europa, pues incluso ofrecía el perdón a quien se retractaba y prometía enmienda. Y como guardián de una nación que había sido burlada por los que parecían ser ya sus hijos, tenía más justificación legal que otros muchos; que los tribunales de Inglaterra, por ejemplo, en donde Enrique VIII hacía perseguir a cristianos sólo porque no aceptaban su interpretación personal de la Biblia; la ley que expidió con ese motivo, llamada más tarde la Ley Sanguinaria, segó tantas o más vidas en una década que todas las que cortaba el tribunal español en un siglo.
Sin embargo, las palabras "inquisición" e "inquisitorial" han sido cargadas con significados de infamia y barbarie y lanzadas a la faz de España y de su. dominio en América. La Inquisición fue sin duda un tremendo tribunal, pero no era sólo eso, y no hay vereda más engañosa hacia el error que la acreditada con fragmentos de verdad. Ningún Estado recién rescatado al invasor, después de una traición interna, se hubiera defendido con menor rigor. No se trataba de una cuestión religiosa, sino de la supervivencia nacional.

Si sobre la Inquisición se ha hecho tanto ruido a través de los siglos y sobre otros tribunales de aquella época se habla tan poco —como el de los británicos —ello se debe a que la Inquisición ejecutaba judíos, en tanto que los otros mataban cristianos. Porque !a organización política israelita mantiene siempre vivos todos los temas que interesan a sus fines y con persistente constancia maneja su publicidad de la historia. Desacredita verdades, acredita infundios y al que se opone a sus designios le sigue los pasos hasta después de muerto para infamar su memoria. Al correr de los años esta sutil constancia desacredita nombres y falsifica héroes.
Esto explica que Enrique VIII e Isabel de Inglaterra, que en ejecutar gente aventajaban a la Inquisición, no sean presentados como símbolos de infamia; y que la Revolución Francesa, que también chapoteó en sangre de cristianos, sea glorificada como una epopeya de humanismo.
Es indiscutible que tanto los judíos que emigraron corno los que se quedaron en España siguieron buscando tesoneramente la revancha. Según dice el padre Julio Meinvielle, muchos de los judíos son enemigos teológicos, por lo cual su enemistad tiene que ser inevitable y terrible.

> "¡Y pensar que este pueblo proscrito, que sin asimilarse vive mezclado en medio de todos los pueblos, a través de las vicisitudes más diversas, siempre y en todas partes intacto, incorruptible, inconfundible, conspirando contra todos, es el linaje más grande de la tierra! El linaje más grande, porque este linaje tiene una historia indestructible de 6,000 años . ."(1)

A principios del siglo XVI tanto los judíos emigrados de España co-

(1) El Judío en el Misterio de la Historia.—Pbro. Julio Meinvielle.

mo los que se quedaron en ella dieron impulso al protestantismo y al calvinismo, como venganza contra el catolicismo. En esta tarea estaba trabajando ocultamente el canónigo de Salamanca, Agustín de Cazalla, nacido de padres judaizantes, y cuando la Inquisición lo sorprendió, lo quemó vivo en la Plaza Mayor de Valladolid (21 de mayo

(1559) de 1559). La madre del canónigo, Leonor de Vibero, y las hermanas de él, Constanza y Beatriz, también hacían labor subrepticia contra la Iglesia y fueron igualmente ejecutadas.

El 8 de octubre del mismo año fue quemada Catalina de Reinoso, judía, monja del convento de Belén, en Valladolid, que secretamente actuaba contra la Iglesia. Por esos mismos días se descubrió que hasta el capellán de Carlos V, Constantino Ponce de la Fuente, seguía siendo israelita y se fingía converso para minar las instituciones católicas. Poco antes de ser ejecutado se suicidó en la cárcel. Sus huesos fueron quemados en auto de fe el 22 de diciembre de 1560.

Estas hábiles infiltraciones cundieron incluso a la Compañía de Jesús, en la cual empezó a surgir un grupo de jesuitas llamados

(1588) "malcontentos", que perturbaban las buenas relaciones entre el rey y los jesuitas. El Vaticano realizó una investigación muy minuciosa y en 1592, bajo el Papa Clemente VIII, se aclaró que existía un verdadero complot dirigido por jesuitas judíos, quienes fueron inmediatamente expulsados. La Compañía de Jesús acordó entonces excluir a los aspirantes de ascendencia hebrea, salvo autorización expresa del Papa. Uno de los expulsados fue Jerónimo Zaharowsky, quien luego se vengó escribiendo "Mónita Secreta Societatis Jesus" (1614), donde atribuía al General de la Compañía instrucciones para lograr "el dominio del mundo".

Bajo los reyes españoles Carlos V y Felipe II, el judaísmo se esforzó inútilmente por derrocar al catolicismo valiéndose del protestantismo. En este esfuerzo ponía en juego las infiltraciones más sutiles. Por ejemplo, el humilde fray Bartolomé de Carranza, que había sido confesor de la Reina María, se ganó la confianza de Felipe II y fue comisionado para librar de herejías las universidades y bibliotecas, pero luego la Inquisición descubrió que trabajaba en contra de la Iglesia y del gobierno español. Se aclaró que era descendiente de judíos falsamente conversos al catolicismo.

Otro infiltrado famoso fue fray Vicente de Rocamora, que parecía un santo y que llegó a ser confesor de María, la hermana del rey Felipe, pero cuando vio que estaba en peligro de ser descubierto se fue a Amsterdam, se quitó la careta y se unió a la comunidad judía con el nombre de Isaac Rocamora. Y el propio Rey Felipe tuvo un secretario muy competente, Antonio Pérez, que luego fue descubierto por la Inquisición como espía enemigo de España; era falso converso y estuvo a punto de ser ejecutado, pero logró fugarse mediante el au-

xilio que le prestó otro hebreo, Diego de Bracamonte (nieto de Mosén Rubí de Bracamonte), que organizó motines en Zaragoza, Aragón y Avila para rescatar a Antonio Pérez.
Aunque los hebreos consideraban como concubinato el matrimonio entre hebreos y cristianos, hicieron excepciones y lo propiciaron entre bellas jóvenes israelitas (aparentemente cristianas) y españoles influyentes, a fin de ejercer influencia política a través de ellos. Esto vino a descubrirse durante los procesos abiertos a los conspiradores de Flandes contra Felipe II. Durante el levantamiento ocurrido ahí en I567 hubo saqueos de iglesias y destrucción de imágenes. El historiador William Thomas Walsh hace notar que entonces se perfiló ya el moderno patrón anticristiano: unos cuantos "intelectuales" ricos denunciaban injusticias, mediante propaganda y otros medios arrastraban a actuar a los pobres en nombre de la "libertad", derribaban con ellos la autoridad establecida y entonces guiaban las fuerzas desencadenadas y anárquicas en contra de la Iglesia.
Dentro y fuera de España continuaba la lucha tenaz del movimiento político hebreo. El Talmud la mantenía en pie contra Cristo y los cristianos. **Al** primero le llamaba "un quidam", "tonto, prestidigitador, seductor, idólatra, que fue crucificado, sepultado en el infierno", que "como seductor e idólatra no puede enseñar otra cosa que el error y la herejía". Y de los cristianos afirmaba que son "animales impuros, indignos de llamarse hombres, bestias con forma humana, contaminantes a manera de estiércol, bueyes, asnos, puercos", que "son de origen diabólico; que sus almas proceden del diablo y que han de volver al diablo después de la muertel I)
Además del Talmud, que nutría ese fanatismo anticristiano, el judaísmo político utilizó en gran dosis la Kábala (mezcla de ley mosaica, de doctrinas esotéricas tomadas del budismo y de barnices teosóficos) para nutrir a la francmasonería, que se convirtió en el brazo predilecto del movimiento hebreo. De la Kábala fue deducido el término político de "izquierda", con la acepción secreta de **"aquellos que rechazan al Cristo".** Esto se dedujo de que Cristo dijo que en el Juicio Final Dios pondría a su derecha a quienes lo hubieran seguido y a su izquierda a los contrarios.

Dentro de España el grupo político judío no pode levantar cabeza, pero en el exterior se movía con mayor libertad. Muchos de los emigrantes hebreos formaron el trust de las especias, que fue abiertamente una organización comercial y bancaria de primer orden, y secretamente una organización de usureros y espías internacionales. Diego

(1) En 1631 el Sínodo judío reunido en Polonia ordenó que estas enseñanzas acerca del cristianismo fueran omitidas del Talmud para evitar represalias y que sólo se transmitieran verbalmente por los rabinos. (judío en el Misterio de la Historia", Padre julio Meinvielle).

Méndez, falso converso, fue el más notable de los precursores de este gigantesco edificio financiero-político. Su esposa, Gracia, era una ardiente enemiga de la Iglesia Católica, aunque se cuidaba de demostrarlo y fue considerada como la Esther de su época. Diego formó en Lisboa una Casa de Comercio y Banca que distribuía valiosas mercancías importadas de la India. Varios parientes suyos establecieron una sucursal en Amberes, y luego otra en Inglaterra, de la que se encargó el judío-español Jorge Añes (1525). Los agentes comerciales se distribuyeron en diversas ciudades de Europa y de Asia Menor, estaban al tanto de la producción y de las probables alzas y bajas del comercio y obtenían así ventaja sobre los demás comerciantes. Pero a la vez recababan información política y actuaban como espías en favor de toda lucha que fuera contraria a los Estados católicos, en particular España. El agente principal de esta cadena en Londres era el "marrano" Cristóbal Fernández.

William Thomas Walsh escribe en su historia de "Feilpe II' que las familias de judíos españoles y portugueses falsamente conversos intervenían en el comercio internacional entre los principales países y se encargaban de los movimientos de metales preciosos, necesarios para establecer la balanza comercial, y detrás de esas lucrativas actividades financieras constituían "la base del sistema de espionaje inglés,

> uno de los más eficaces y perfectos que ha conocido el mundo. Por medio de sus 'intelligencers', los judíos hacían todo cuanto podían por alzar un imperio anticristiano, que aboliera la fuerza de la España católica".

Entre los judíos más famosos que formaban parte de ese trust-espionaje, figuraron Jerónimo Pardo, en Lisboa; Bernardo Luis, en Madrid y en Amberes; Héctor Núñez, en Londres, y el doctor Rodrigo López en Flandes. El jefe era Francisco Diego Méndez, y su principal auxiliar en esta enorme empresa fue su sobrino José Migues, o Méndez, que para adquirir influencia política facilitó diversos préstamos a los hombres más influyentes de los Países Bajos, donde logró presionar para que no se restaurara la Inquisición. José aumentó el poderío del trust de las especias y acabó por despojarse de su apariencia de cristiano, cambió su nombre por el de José Nasi (que significa "rey de los judíos") y se estableció en Turquía.

Numerosos agentes de esa organización financiera, residentes en España, eran igualmente judíos ocultos y creaban dificultades al rey Felipe II maniobrando constantemente para escasear determinados productos y subir los precios.

Del trust de las especias salieron los fondos para gran parte de la propaganda protestante; se fundaron imprentas en los Países Bajos y se imprimieron folletos en Francia, Italia y España, incluso muchos que atacaban al emperador español. La colonia judía establecida en Flan-

des con licencia de! gobierno hispano, estuvo particularmente activa en esa campaña. El poder económico judío trabajaba coordinadamente con el calvinismo, en el terreno religioso, y con el liberalismo en el terreno político.
Esa alianza de fuerzas anhelaba derribar el Imperio de la España católica. Un intento en grande escala con este objeto fue realizado aprovechando el momento en que un levantamiento de moros puso a Felipe II en apurada situación. Durante esa crisis el médico judío Salomón Ben Natchan Ashkenazy (uno de los principales jefes del movimiento judío internacional de aquella época) era médico del sultán Salim el Tonto, jefe de los turcos, ejercía gran influencia sobre él y lo persuadió de que podía vencer a España porque 70,000 moros, decía, se rebelarían en la Península Ibérica y los bereberes cruzarían de nuevo el Estrecho de Gibraltar, como en el siglo octavo, para dominar a los españoles.
José Nasi, el magnate del trust de las especias, ya radicado en Turquía y con agentes suyos infiltrados en el régimen, también presionaba a los turcos para que atacaran a España y acabó por lograrlo. (En Turquía se habían asilado recientemente veintenas de miles de sefardíes y ya ejercían influencia económica y política).

(1571) La flota de Salim se lanzó entusiastamente a la conquista de España, pero fue vencida en 1571 en el Estrecho de Lepanto por la flota española de don Juan de Austria. El golpe desde el exterior había sido conjurado por estrecho margen... (I)
Refiriéndose al movimiento encabezado por Salomón Ben Natchan y a otros de menores vuelos, el historiador judío Graetz dice con un dejo de satisfacción: "Los Gabinetes Cristianos no sospechaban que el curso de los acontecimientos, que los obligaba a estar en una u otra posición, estaban dirigidos por mano judía".
Sin embargo, la acción represiva española frustró el asalto externo e interno contra España, la cual se libró de que en su suelo estallaran las guerras religiosas que conmovieron a Francia, Inglaterra, Alemania y los Países Bajos, donde una minoría bien organizada, y en parte secreta, desquiciaba y arrastraba a una mayoría católica, pero falta de cohesión política. Fue Felipe con el auxilio de la Inquisición, quien impidió que España cayera arrollada por su antiguo enemigo, y con ello frenó también en el resto de Europa el avance del movimiento político judío que pugnaba por extenderse a la sombra de la lucha religiosa.

LA INQUISICION EN LA NUEVA ESPAÑA

En el caso de la Nueva España, !a Inquisición no juzgaba a los indios ni a los mestizos y sólo castigaba a los europeos que

(1) Allí fue herido Cervantes, quien poco después escribió El Quijote.